ELISA Y GERARDO

POR

LA MALDAD ANTE EL PERDÓN

DRAMA EN DOS ÉPOCAS

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. SINFORIANO OMAÑA DE LEÓN

MADRID
GINÉS CARRIÓN, IMPRESOR
CALLE DE LA VERÓNICA, 13 Y 15
1904

ELISA Y GERARDO

POR

LA MALDAD ANTE EL PERDÓN

DRAMA EN DOS ÉPOCAS

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. SINFORIANO OMAÑA DE LEÓN

MADRID
GINÉS CARRIÓN, IMPRESOR
CALLE DE LA VERÓNICA, 13 Y 15
1904

PERSONAJES

ELISA.
AURELIA, AYA DE ELISA.
GERARDO.
D. FEDERICO.
EL CONDE DEL PALOMAR.
D.ª LEONOR.
D. JUAN DE ARAIMBAR.
JULIÁN.
MARÍA, CRIADA.
BLASA, CRIADA.

JUEZ, ESCRIBANO, PROCURADOR, ALGUACILES Y PUEBLO

La acción se supone en un pueblo de la provincia de Barcelona, excepto el tercer acto, que se verifica en dicha capital, en el siglo XIX.



ACTO PRIMERO

Una sala lujosamente amueblada: puerta principal á la derecha, otras dos en el fondo y ventana con reja á la izquierda. Anochece.

ESCENA PRIMERA

ELISA Y AURELIA

ELISA. Aunque otra me ha dado el ser,
Aurelia, tú me educaste;
como hija me adoptaste
al momento de nacer.
AURELIA. Y por lo mismo te quiero
cual si fueras hija mía,
y gozo en ver tu alegría.
ELISA. ¡Ay! ¡Cuántos males espero!
AURELIA. Ningún mal veo perentorio,
y, en semejante ocasión,
es injusta presunción,
cuando tu bien es notorio.
ELISA. Puesto que tanto me quieres
un consejo me darás.
AURELIA. Elisa, no quedarás
sin él.
ELISA. Ya ves los placeres
que parecen sonreir

á favorecer mi dicha;
y presiento una desdicha
que no acierto á definir.

AURELIA. Jamás podré adivinar
la desgracia, cuándo todo
aumenta del mismo modo
tu ventura sin cesar.

ELISA. No adivinas según veo:
es pasión que me sofoca,
y en ella medito loca
en continuo devaneo.

AURELIA. ¿Es acaso esa pasión
por el amor que sentiste?

ELISA. La duda me tiene triste:
me lo dicta la razón.
Varias veces dominar
este amor he pretendido,
é inútil mi esfuerzo ha sido.

AURELIA. Y presientes...

ELISA. Un azar.

AURELIA. ¡Azar dices! ¿Y Gerardo?
¿Tú amor acaso rechaza?

ELISA. Jamás; y me despedaza
un pensamiento bastardo.

AURELIA. ¡Bastardo! ¡Jesús! no entiendo...

ELISA. Gerardo es un hombre honrado
que lucha consigo mismo;
del mundo ve el egoismo
y siente quedar burlado.
Porque mi padre, al saber
que nos queremos, quizá
le despida; y no sabrá

entonces qué responder.
Y, como es su dependiente,
acaso le ultrajará.

AURELIA. Si vuestro amor sabe ya...

ELISA. Pues claro que no.

AURELIA. Corriente.

ELISA. Es tan grande mi ansiedad
que pensarlo me estremece.
Gerardo no se merece
que le despida.

AURELIA. Es verdad.

ELISA. Con símiles he tratado
á mi padre reducir,
pero jamás quiere oir;
y siempre me ha demostrado
diciendo: no puede ser
amar á un hombre inferior;
si se encuentra otro mejor
se debe de apetecer.
Y que pronto dispondrá
mi boda con un su amigo
que tiene en Madrid. No sigo,
las fuerza me faltan.

AURELIA. Ya.
Será quizá en la memoria
donde tenga ese proyecto.

ELISA. ¡Ojalá fuera!

AURELIA. En efecto
que desconozco esa historia.
Pero... en fin, si verdad fuera...
tu voluntad...

ELISA. Nunca, no...

AURELIA. Pues otra en tu caso... yo,
si cualquier novio tuviera,
á la primera ocasión
de tener otro más rico,
le dejaba: si ese chico...

ELISA. Desconoces la razón.
Entonces por interés
es el amor en la vida.

AURELIA. Pero es razón que se mida
la situación de quien es.
Porque al fin, si las pasiones
no se quieren dominar,
vienen males á la par
matando las ilusiones.
Si acaso tu padre ignora,
como dices, ese amor,
ante todo está el honor.

ELISA. En el alma se atesora.
¡Porque el honor, el honor,
si frágilmente se pierde,
vendrá día que lo recuerde
la conciencia con horror!
Y luego punzante espina
nos roba la dicha y calma,
porque se envenena el alma
faltando á la ley divina.

AURELIA. Está muy bien: esa ley
cumplirla debes, porque
es artículo de fe
que ordena el Supremo Rey.
Gerardo llega, con él (Saliendo.)
te dejo. Bien sabe Dios

que gozo en ver á los dos
con un pensamiento fiel.

(Entra Gerardo por la puerta principal y Aurelia la deja entreabierta y queda observando durante la siguiente)

ESCENA II

ELISA Y GERARDO

GERARDO. ¿Por qué tan triste y llorosa
estás, Elisa querida?
¿No ves cual pierde la vida
con el aquilón la rosa?

ELISA. Una sombra misteriosa
siento ver en derredor,
y me impele con furor,
con tan negra desventura,
que turba nuestra dulzura
en los goces del amor.
Y la tristeza que siento
es tan cruel, que me obliga
á sufrir, sin que consiga
desecharla ni un momento.

GERARDO. En tí cifraba el contento
de mi vida y dicha toda;
y ahora veo que te incomoda
mi presencia.

ELISA. Juzgas mal.
¿Mi sentir es desleal?

GERARDO. Está hoy el fingir de moda.
Por desgracia ¿seré yo,
un estorbo definido,
molesto amor á tu oído
que cual la historia pasó?

ELISA. Gerardo, mil veces no.

GERARDO. Entonces... dime, ¿por qué
pierdes, Elisa, la fe
que te inspiraba mi amor?

ELISA. (Llorando.) Es tan grande mi dolor
que explicármelo no sé.

GERARDO. No quiero que de tus ojos
gotas de néctar se viertan:
no quiero que se conviertan
en veleidades y enojos.
Y, en fin, si te dan antojos
que soy como el aquilón,
ordena á mi corazón
cuanto quieras, vida mía,
y verás en este día
lo que alcanza mi pasión.
Si me pidieras la vida,
verás rendirla á tus pies,
y goza, Elisa, después.
Nuestro amor jamás se olvida
que, si el alma dolorida
se despide de lo inerte,
predomina otra más fuerte
afección, cuya victoria
es el ámbito de gloria
que nos da paso la muerte.

ELISA. ¡Ah! El cielo nos dispensó
ameno y risueño día.

GERARDO. ¿Quién nos turba esa alegría
si el alma dice que no?

ELISA. A mi mente la exaltó
un placer dulce y divino;
y soñaba un desatino

sin poderlo comprender,
presintiendo que han de ser
las huellas de mi destino.

GERARDO. Desecha, pues, la quimera
de tan siniestro ideal,
que el amor es inmortal
y sube á mayor esfera;
porque el hálito que impera
y da vida á nuestro ser,
le tiene que recoger
ese Juez de lo infinito,
que es justiciero y bendito,
y todo lo ha de saber.

ESCENA III

DICHOS Y AURELIA

AURELIA. Elisa, vamos, que llega
tu padre, y no es conveniente
os halle aquí.

ELISA. Por supuesto,
que si en algo descubriese...

GERARDO. No temas nada, querida,
que mi presencia no tiene
sospecha que infundir pueda
temor alguno.

AURELIA. Se debe
evitar cualquiera duda
que surgir pudiera.

ELISA. ¡Ah! Vete.

GERARDO. Sí tengo que darle cuenta
á tu padre de los bienes
que se han comprado á la Hacienda.

Mas, puesto que así lo quieres,
me retiro. ¿Y nos veremos?

ELISA. Pasadas tres horas vuelves.
Adiós, Gerardo. (Después
le diré lo que sucede)

ESCENA IV

AURELIA Y ELISA

AURELIA. Por lo visto, tu buen padre
con un caballero viene;
y sin duda es forastero.

ELISA. ¡Dios eterno!!! ¡Me parece
que ha de ser aquel amigo
de quien me habló!

AURELIA. Fácilmente.

ELISA. ¿Será posible? ¡Dios mío!
apure el dolor las heces.

AURELIA. Podrá ser, Elisa, pero...
le veremos: si conviene,
se le obsequia.

ELISA. Yo me voy.
Te espero en mi gabinete.
(Váse por una de las puertas del centro y entran por la principal D. Federico, el Conde del Palomar y un criado con una maleta que suelta y se retira.)

ESCENA V

AURELIA, D. FEDERICO Y EL CONDE DEL PALOMAR

FEDERICO. Amigo del señor padre
de usté he sido siempre, Conde.

CONDE. Por eso me recomienda
que pase á verle en su nombre.

FEDERICO. Ha hecho usted muy bien; y á más,

aunque no como en la corte,
no han de faltarle en mi casa
opíparas provisiones.

CONDE. Mil gracias, D. Federico.

FEDERICO. Esta maleta recoge,
Aurelia, y allá en la alcoba
colócala. (La coge ésta y se retira.)

CONDE. (Buena noche:
esto parece un edén.
¡Con qué cariño me acoge!)
¿Pues y su hija?

FEDERICO. Mi Elisa
está en sus habitaciones.
(Se aproxima al dintel de la puerta por donde salió Aurelia y dice):
Que venga tu señorita.

CONDE. No la moleste esta noche,
que mañana...

FEDERICO. Nada, quiero
que de la sorpresa goce;
y mañana nos marchamos
á mi quinta, señor Conde,
á disfrutar del placer
de la caza: tengo hurones
y galgos, que sobrepujan
en extremo á los mejores.

CONDE. Pues bien, señor, no me opongo;
que yo puedo dar lecciones.
Si piezas se nos presentan
verá usted que buenos golpes...

FEDERICO. ¿Y certeros?

CONDE. Tan certeros,
que maté muchos leones,

osos, tigres y panteras,
sin errar nunca: ilusiones
tuve siempre por la caza;
y mi padre en esto dióme
tantos gustos, que desiertos
hay muy pocos en el orbe
que no haya al fin recorrido
con tal denuedo...

FEDERICO. Bien, joven;
es usté un gran caballero,
simpático, diestro y noble.

CONDE. Lisonjas...

FEDERICO. ¡Oh! Bellas prendas
le adornan. (Se presenta Elisa.)

ESCENA VI

DICHOS Y ELISA

ELISA. Felices noches.

CONDE. ¡Oh! Muy buenas, señorita.
(¡Qué belleza! ¡Caracoles!)
¿Sigue usted bien?

ELISA. Bien. ¿Y usted?

CONDE. Disfruto del mismo goce;
pero existen, señorita,
muy recientes sinsabores
en mi casa.

ELISA. ¿Qué sucede?

CONDE. Desde la terrible noche
en que pereció mi hermana...

FEDERICO. ¡Con que ha muerto, señor Conde!
Pues no hemos sabido nada.

ELISA. El cielo la dé sus dones.

FEDERICO. Es menester conformarse,
puesto que Dios lo dispone.
ELISA. ¿Si usted no mirá por sí
quién ha de mirar?
FEDERICO. Sí, Conde,
olvide ese gran pesar
y á vivir, que el tiempo corre
CONDE. ¡Ah!... Sí, es claro. Dios lo quiso.
ELISA. ¿Y el padre de usted?
CONDE. Conforme
con la voluntad de Dios;
lo sintió, mas resignóse;
y al verme apesadumbrado,
con elocuentes razones,
me dijo: Tengo un amigo
honrado y fiel; hoy disponte
á pasar la primavera
en sus ricas posesiones.
Porque es claro, ya sentía
á este ser único en donde
sólo tiene la esperanza
que también se le malogre.
FEDERICO. Perfectamente ha juzgado:
conozco sus intenciones.
CONDE. Es menester abrazar...
FEDERICO. Lo mismo males que goces.
Con que á vivir, á vivir
y deseche desazones.
Mientras preparan la cena
verá usted los interiores
de este albergue.
CONDE. Mucho gusto

en ello tendré.

FEDERICO. (Buen joven.)
(A Elisa aparte.) Que prepare tu doncella
enseguida unos pichones,
y además lo que tú sabes,
como otras veces.

ELISA. Conforme.

CONDE. Hasta después, señorita. (Saliendo con D. Federico.

ELISA. Hasta luego, señor Conde.

ESCENA VII

ELISA

¡Ay! ¡Cielos! me dijo un día
allá en la quinta mi padre,
tu prometido, hija mía,
es persona de valía;
no hay otro que mejor cuadre.
¿Y he de sufrir la amargura
de olvidar al ser que adoro
por riqueza sin dulzura?
¿Para qué quiero yo el oro
si será mi desventura?
¿Qué es el mundo? ¿Qué es la vida?
Es un misterio á mi ver:
mas esta pasión querida
no puede estar escondida
ahogando el mayor placer.
Si pongo dique á mi amor,
y á tanto como soñé,
recordaré con horror
que al punto falté al honor,
á Gerardo y á su fe.
(Entra D. Federico y oye los últimos versos.)

ESCENA VIII

ELISA Y D. FEDERICO

FEDERICO. Elisa, ¿qué estás diciendo?
ELISA. Yo... padre... nada.
FEDERICO. Lo sé.
¿No recuerdas que te hablé
de que enlazarte pretendo?
ELISA. Padre y señor, si ha de ser...
mañana... lo diré hoy:
que ya enamorada estoy
de Gerardo.
FEDERICO. Suspender
en este momento debes
ese amor.
ELISA. ¿Y mi palabra?
FEDERICO. El conde tu dicha labra.
ELISA. Señor...
FEDERICO. ¡Acaso te atreves!
¿Te figuras que un cualquiera
corresponde para tí?
¡Vamos, Elisa!
ELISA. ¡Ay de mí!
FEDERICO. ¿Suspiras? ¡Quién lo dijera!
¡A ese incauto dependiente
amar de tal modo!. ¡E...li...sa!
ELISA. Padre... padre, yo sumisa
estuve siempre...
FEDERICO. Corriente.
El Conde del Palomar
en breve será tu esposo,
viene á calmar el reposo

de su reciente pesar.
Hoy que me pide tu mano
con noble solicitud,
desdeñarle ¿es rectitud
por amar á ese villano?

ELISA. (¡Qué siente mi corazón!
¿Esto es sueño ó pesadilla?
¿Podrá vencer la rencilla
en la suprema razón?)
Mucho tiempo hace que adoro
á Gerardo, es mi esperanza:
jamás otra dicha alcanza
mi amor con ningún tesoro.
Es un pobre, pero honrado:
nos queremos con delirio;
y olvidarle es un martirio
para mí nunca expiado.
Prudente y fiel servidor
ha sido siempre; y por eso...

FEDERICO. Pagar debéis el exceso
de tan insensato amor.

ELISA. Piedad, señor, que su hija...

FEDERICO. (Con irónica actitud.) Levantarse estos pigmeos
con ilegales deseos
á que mis planes corrija!...
(Con fiereza.) ¡Ira de Dios! Ahora mismo
vencerás esa pasión;
ó vas á la perdición
ante mis piés; al abismo.

ELISA. Padre, por Dios...

FEDERICO. No le nombres.
¿Le reclamas tu castigo?

ELISA. Y le pondré por testigo.

FEDERICO. (Moderándose.) ¿Quieres perder á dos hombres?
Elisa, recapacita;
por un momento te dejo.
No desprecies el consejo
del que tu bien solicita.

(Váse por una de las puertas del fondo y entra Aurelia por otra.)

ESCENA IX

ELISA Y AURELIA

AURELIA. Elisa, qué preocupada
te tiene ese pensamiento.

ELISA. Ya sabes que es el tormento
de una mujer desdichada.

AURELIA. No sé por qué: una señora
que hechiza á cuantos la ven,
debe darse el parabién
de su estrella seductora.
Y siendo á más heredera
de hacienda tan colosal...
¿por qué acarrearse el mal
cuando otra fortuna espera?
Sí, sí; á Gerardo olvidar
debieras, que no es gran cosa,
y pronto serás la esposa
del Conde del Palomar.
Sabrás que tu porvenir
estriba en el casamiento,
y desechas un momento
que te viene á sonreir.

ELISA. No está la felicidad
en atesorar riquezas;

que incitan á las flaquezas
por desmedida ansiedad.
Sin brillo y sin esplendor,
idolatro yo á ese hombre,
aunque pobre; y no te asombre
que Dios sabrá lo mejor.

AURELIA. Elisa, vaya, que un Conde,
jovial, galán y su crédito...

ELISA. Acaso tendrá ese mérito.

AURELIA. Que fino te corresponde.

ELISA. No insultes mi desventura,
que ya te he dicho bastante.
No dejo de ser constante
á Gerardo.

AURELIA. ¡Qué locura!
Los timbres de la grandeza
desechar, por ese amor
á un hombre oscuro. ¡Qué horror!
No tienes delicadeza.

ELISA. Aurelia, la lengua ten,
por Dios: no me desesperes,
que detesto esos placeres
ante el deber.

AURELIA. Está bien. (Váse y entra Gerardo.)

ESCENA X

ELISA Y GERARDO

GERARDO. ¡Elisa!...

ELISA. ¡Gerardo!

GERARDO. Dime.
¿Te olvidarás de mi amor?

ELISA. Jamás, Gerardo, jamás.

¿Cómo podré olvidar yo
amores cuya constancia
reclama la grata unión?
Has sospechado tal vez...

GERARDO. Por eso llego veloz,
al saber que prometida
estás para un conde.

ELISA. ¡Horror!
¿Pero qué importa si falta
la fe de mi corazón?

GERARDO. ¡Si tu padre!...

ELISA. ¿Y qué?

GERARDO. Si al cabo...

ELISA. ¿No he fundado en tí mi amor?

GERARDO. El mandamiento de un padre...

ELISA. Es antes la ley de Dios.

GERARDO. Entonces ¿qué te propones
decir en tal caso?

ELISA. Yo
no puedo, padre, olvidar,
le dirá siempre mi voz,
al hombre que al fin me inspira
el exacto y fiel amor.

GERARDO. ¿Y crees, Elisa, que entonces
tu padre acceda?

ELISA. Eso no...

GERARDO. Pues si así es, acabemos: la tortura,
Elisa, vendrá á marchitar las flores
que soñó nuestra mente con dulzura
en infantil edén de los amores.
Si en ilusiones de candor y gloria
rebosaba en nosotros la alegría

para ser un caos á la memoria...
¿por qué se tornan en pesar un día?
No puedo, no, creer en la impostura
que pintas afectada ante mis ojos:
al Conde pertenece tu hermosura
y á Gerardo desprecios y sonrojos.

Elisa. ¿Sirviéndote de égida hace seis años,
dices, ingrato, que afectada miento?
¿Has sufrido de mí los desengaños
que supones vendrán en el momento?
He resistido ya á mi padre, airado
hace un instante amenazó mi vida:
ha tiempo mi pasión ha batallado
y tú pretendes desgarrar mi herida.

Gerardo. ¡Perdón, Elisa, por piedad! Los celos,
al ver á mi rival en tus hogares,
son causa de infinitos desconsuelos
por amor á través de los azares.
¡Oh! no hay duda, tu padre me despide:
ancho horizonte queda por fortuna
para ganar con honra lo que pide
el decoro elevado de tu cuna.

Elisa. Si Dios te destinara á ser esclavo
en lugar de adquirir esa riqueza
sin sobrarte jamás un triste ochavo,
¿qué fuera del amor y su belleza?

Gerardo. Sólo por tí, riquezas ambiciono;
que la mano de Dios, siempre serena,
pródigas las derrama desde el trono
y nunca á perecer nos encadena.

Elisa. ¿Me olvidarías, tal vez, buscando el oro,
cuando sabes muy bien que yo poseo

el cariño acendrado que es tesoro?
GERARDO. Tesoro de tu amor sólo deseo.

ESCENA XI

DICHOS Y D. FEDERICO, *que entra con sardónica sonrisa.*

FEDERICO. Gerardo, vaya, me gusta;
no por ello me sofoco.
Sin duda te has vuelto loco
al pretender cosa injusta.
GERARDO. ¡Injusta! Señor, no sé...
¿Por qué me dice usted eso?
FEDERICO. Vuestro amor es un exceso
que jamás toleraré.
Elisa, vete de aquí.
ELISA. (Saliendo.) Le despide ¡cielo santo!
¡Cuánto sufro! ¡Cuánto... cuánto!...

ESCENA XII

D. FEDERICO Y GERARDO

FEDERICO. Has abusado de mí.
GERARDO. Señor, de abusar no trato:
cumplí con mi obligación
en su casa, y no hay razón
para injuriarme.
FEDERICO. ¡Insensato!
¿Es razón de que á tu dueño
le trataras de violar
el ídolo de su hogar
con tan estudiado empeño?
¿Con qué derecho te crees
para abusar investido,

si eres siervo mantenido
en esta casa? Ahora, pues,
recibe esto de mi mano (Un bolsillo.)
lo que te debo hasta el día, (Le toma.)
que así pago tu osadía.
Sal de aquí, necio, villano.

GERARDO. (Con acritud.) ¡Vil y necio! ¿Cuándo he sido?
Si otro hombre me lo dijera...
¡Vive Cristo, que le diera
la muerte por fementido!
¡Yo abusar como un traidor!...
(Moderándose.) Mas, cúmplase mi destino,
que el errante peregrino
no se arredra ante el dolor.
Viva usté en paz muchos años,
así se lo ruego al cielo,
pero que por tal desvelo
le demuestre desengaños. (Váse.)

ESCENA XIII

D. FEDERICO

Me ha servido con lealtad:
¡pobre Gerardo! lo siento
que vaya tan descontento
por una fatalidad.
Pero, en fin, todo se olvida:
es un pobre petulante
y, aunque sepa más que Dante,
no tendrá un real en su vida.
Porque hoy las cosas están
tan malas, que gran fortuna
no logra persona alguna

trabajando con afán.
¡A mal llevarlo esta hija!...
mañana será otra cosa:
del Conde será la esposa,
de seguro, es cosa fija.
Si le dominan los vicios
yo le podré manejar;
estando en este lugar,
se libra de precipicios.
Porque no hay duda, en la corte,
los juegos, bailes, cafés,
todo mueve el interés
de ver tan lujoso porte.
¿Qué es un joven rico allí?
Un vicioso y calavera,
porque su elevada esfera
le exige que viva así.
Pero torpeza, torpeza,
voy á verle, que estará
acaso impaciente ya.
¡Qué mala está mi cabeza!
(Váse y entran por otra puerta Aurelia y María.)

ESCENA XIV

AURELIA Y MARÍA

AURELIA. ¡Qué noche de confusión
ha de sufrir!
MARÍA. ¡Pobre Elisa!
AURELIA. Ya no respira la brisa
de tan sentida pasión.
MARÍA. ¿Y por qué no ha de seguir
los impulsos del deber?

AURELIA. Y llora... ¡Pobre mujer!
MARÍA. ¡Si yo pudiera influir!
AURELIA. ¡Ah! ¡Si su madre viviera!
pero su padre es feroz;
amedrenta con su voz.
MARÍA. Considerarlo debiera.
Si no le quiere, ¿por qué
va á casarla sin amor?
AURELIA. ¡Lo confiesa con dolor!
MARÍA. Jamás perderá su fe.
¿Y Gerardo?
AURELIA. ¡Pobre chico!
MARÍA. Es discreto, honrado y fiel;
y ella se muere por él.
AURELIA. Oir y ver toca á mi pico.
Líbreme Dios, en la calle,
aunque fuera villanía,
de patitas me ponía
D. Federico del Valle.
Veintiún años de servicio
que llevo ya en esta casa,
mi fortuna es bien escasa
y salirme es un perjuicio.
Si me preguntan diré
según á mi bien convenga.
MARÍA. El Conde viene. (Váse por donde entró.)
AURELIA. Que venga,
lo que le diga no sé.

ESCENA XV

AURELIA, D. FEDERICO Y EL CONDE

FEDERICO. Mañana al dorar el sol
las crestas de las colinas,
pasaremos, señor Conde,
á la caza allá en mi quinta.
Pues si he de decir verdad,
nada me gusta en la vida
más, que respirar el aura
tan pura de las campiñas.
¡Oh! qué grato es para el alma
ver de Dios las maravillas.

CONDE. Y más al rayar la aurora,
que todo lo vivifica.

FEDERICO. Con el canto de las aves
que gracias dan infinitas
al Ser Todopoderoso...
confieso que es mi delicia.

CONDE. Yo no la encuentro mayor.
¿Irá también D.ª Elisa?

FEDERICO. Por supuesto. (A Aurelia.) ¿Adónde está?

AURELIA. En su cuarto...

FEDERICO. ¡Por mi vida!
¿Está indispuesta?

AURELIA. Sin duda:
será jaqueca maldita.

FEDERICO. A verla voy, Sr. Conde,
(Saliendo.) dispense usted. No le olvida:
¡necio de mí, no saberlo!...
yo necesito que viva.

ESCENA XVI

AURELIA Y EL CONDE

CONDE. (Presiento que no me quiere
y por eso está escondida;
pero, al fin, ésta sabrá)...
¿Qué tiene la señorita?

AURELIA. Su mal, señor, es bien leve:
las niñas se ruborizan...

CONDE. Pues tengo grande interés...
esa friolera reciba. (Un bolsillo.)

AURELIA. Mil gracias. (¡Qué bondadoso!)

CONDE. No las merece. Y Elisa
dice usted que tiene...

AURELIA. Amor...

CONDE. (¡No lo dije!)

AURELIA. Desde niña
á un hombre que no merece
la más leve simpatía,
porque es un pobre; y, en fin,
su padre tomó medidas
y, aunque se empeñara, nada
consiguiera D.ª Elisa.
Por lo demás, sus bondades...

CONDE. ¡Por Cristo! que no es justicia.
¿Para qué entonces su padre
me prometió que su dicha
la fundaba en que yo fuera
el esposo de su Elisa?

AURELIA. No le culpe usted, señor,
está claro: él no sabía
que tuviera relaciones

tan prematuras la niña.
Pero aseguro que el novio
no ha de volver en su vida,
porque salió de esta casa
sin amparo...

CONDE. Si se digna
usted de decirme el nombre
del que ha tenido la dicha...

AURELIA. Se llama Gerardo.

CONDE. Bien.
¿Qué calle del pueblo habita?

AURELIA. Es forastero; el mesón
será, tal vez, su guarida.
Señor, después le diré ..
voy á ver la señorita. (Váse.)

ESCENA XVII

EL CONDE

Crapuloso, ruin, avaro,
lascivo y siempre logré:
hoy me falta... no lo sé
de dónde impetrar amparo.
No tengo bienes, se fueron
como se fueron las glorias
de las antiguas victorias
que en humo se convirtieron.
¿Qué me queda ya en el mundo
más que sufrir y ceder?
Mendigo... no quiero ser:
entonces... ¡Ay! ¡Me confundo!
Por fortuna nada sabe
D. Federico, y me cree

rico y feliz. Ya se ve;
ninguna duda me cabe.
Soy un Conde. ¿Y qué? ¡si al cabo
gasté todo mi caudal
en carrera mundanal!
¿Qué me queda? ¡Ser esclavo!
¿Engañaré á esa mujer?
¡Pero qué mujer tan bella!
Si me casara con ella
los vicios he de perder.
En error nunca indeciso,
desoyendo los consejos
de los sabios y los viejos...
¡Ahora conozco el aviso!
Aviso bueno y leal
me dieron; mas yo, sin fe,
ni caridad, derroché
hacienda tan colosal.
Hoy me falta todo, todo:
hasta el amor me abandona:
de Conde tengo corona,
¿corona de qué? De lodo.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Amanece. Elisa estará al pie de la ventana.

ESCENA PRIMERA

ELISA *sola, después* GERARDO *hablando desde la calle.*

ELISA. ¡Qué noche! ¡Qué noche! El sueño
huyendo con tanto azar!
El alba empieza á rayar.
¡Ay! ¡Gerardo! ¡Dulce dueño!
¿Cuándo acabas de llegar?
Afanosa y anhelante
espero llegar á verte:
¿por qué, por qué no quererte,
si eres el único amante
que adoraré hasta la muerte?
¡Separarse!.. Atroz destino,
que confundes á los seres
destruyendo los placeres
del ventuoso camino
con insondables poderes.
Mas, ya viene. ¡Oh Dios santo!
¡ten de nosotros piedad!
¡Porque nos queremos tanto!..

¡Contener no puedo el llanto
en tan triste soledad! (Llega Gerardo.)
¡Gerardo! ¿Eres tú?

GERARDO. Angel mío,
sin dormir pasé las horas.

ELISA. Yo escuchaba las sonoras
canciones, en mi albedrío,
de las aves seductoras.

GERARDO. Toda la noche esperé
en la soledad sombría;
lo que padecí no sé,
y más cuando ya noté
el albor del claro día.

ELISA. ¿Y por qué te vas?

GERARDO. Elisa,
¡que tú me digas tal cosa!
¿No viste cuán injuriosa
fué para mí la sonrisa
de tu padre!

ELISA. ¡Sí, azarosa!
¡Oh! Vete, que algún espía
de mi padre en su furor....

GERARDO. Nada me causa pavor;
si lo siento, vida mía,
es por tí, llevo tu amor.

ELISA. ¿Cuánto tiempo ha de durar
la separación cruel?

GERARDO. ¡Apuro el cáliz de hiel!
Tres años pueden turbar
la dicha. ¿Me serás fiel?

ELISA. ¿Y tú lo dudas? ¡Gerardo,
te espero sin olvidarte! (Llorando.)

¡El corazón se me parte
cual si le hirieran con dardo!

GERARDO. ¡Ay! ¡Dios mío!

ELISA. ¡Tú separarte...!

GERARDO. ¿Y el Conde?

ELISA. El Conde será
el tormento de mi ser;
no puedes, no, comprender
el odio que le tendrá
á ese Conde esta mujer.
Dios le retire de aquí
y me perdone el delito
de imprecación, inaudito.
Si vivo, soy para tí,
te lo juro.

GERARDO. Amor bendito
infundes en mi razón.
Pero ya la gente pasa...

ELISA. Están dormidos en casa;
no hay miedo.

GERARDO. En el corazón
llevo el cariño sin tasa.

ELISA. Dios proteja tus proyectos;
mi vida llevas en pos.

GERARDO. Incólumes mis afectos
te lo dirán los efectos;
ya sabes... ¡Adiós! (Váse.)

ELISA. ¡Adiós!

(Queda por un momento mirando á la calle y pasa al escenario.)

ESCENA II

ELISA

¿Por qué nos castiga el cielo
queriéndonos con amor?
¿Por qué padecer desvelo
con terrible desconsuelo
sufriendo tanto dolor?
¡Azares son de la vida,
azares que nos destrozan,
azares que no alborozan,
azares de luz perdida,
azares que bien no gozan!
¡Horror! ¡Horror! Triste día
amanece para mí
con esa dulce alegría
que ha perdido el alma mía
y que suspira por tí.
Sí, sí, por siempre tu Elisa
será, Gerardo, la aurora
que te recuerde esta hora,
y fiel testigo la brisa
matutina y seductora.
¡Tres años!... Volando va
el tiempo, para sufrir
nacemos, resta vivir
en un edén más allá
y acrisolizados ir.

ESCENA III

ELISA Y AURELIA

AURELIA. (Temprano está levantada,
no ha dormido nada ¡cielos!

la tiene loca ese amor:
yo debo darle un consejo).
Elisa, tan de mañana...
es mucho desasosiego
el no dormir.

ELISA. Es verdad.
¡No sabes cuánto padezco!

AURELIA. ¡Que no lo sé! vaya, vaya;
no lo tomes tan á pechos.
Los hombres son inconstantes
á veces; y tan arteros...
y ese Gerardo...

ELISA. Jamás
le juzgues con tanto exceso.

AURELIA. No digo yo que sea malo;
antes al contrario, bueno;
pero tú debes pensar
que es un pobre á lo que infiero...
Y sobre todo tu padre
que no le quiere.

ELISA. Yo debo
obrar conforme lo exige
la ley sagrada del cielo.

AURELIA. Vamos, Elisa, que al fin,
el Conde es un caballero
excesivamente rico,
honrado, fiel y discreto.

ELISA. Será todo lo que quieras:
mas, confieso que no puedo
olvidar nunca el amor
que á Gerardo le profeso.
Es un pobre. ¿Y qué? Mi padre

tiene caudal y dinero
para vivir con holgura
y no necesita de ello.

AURELIA. Por esa causa desea
una persona de mérito,
y veo que el Conde reune...
¿Me comprendes?

ELISA. Ya, comprendo.

AURELIA. La cualidad necesaria.
En este mundo es muy viejo
eso de decir de honor,
de honor sin tener dinero.
Está claro: el buen Gerardo
pudiera ser gran sujeto
si tuviera un capital
como el Conde, ó algo menos:
¡pero es tan pobre! que tiene
que trabajar, sin remedio,
en cualquier parte empleado
con aventuras sin cuento.
El Conde, ya es otra cosa;
aunque no sepa ni un bledo,
con sólo su capital
es feliz: ni más ni menos.

ELISA. Figúrate que la suerte
se le tornara, en efecto,
y perdiera su fortuna
en cualquier trance ó evento...
¿Qué sería de él? ¡Pobre Conde!

AURELIA. Siempre será un caballero.

ELISA. (Con intención.) Quizá caballero andante
cual Quijote.

AURELIA. No comprendo.
ELISA. Al Conde, si le faltara
la fortuna en algún tiempo,
fuera el ser más desdichado
que habitase en este suelo;
porque carece de ciencia,
orgullo del buen ingenio,
y no teniendo algún título
profesional ó académico...
AURELIA. Pero le tiene de Conde.
¿Le quieres hacer tan necio
juzgándole en presunción?
Elisa, no digas eso.
ELISA. (Con resolución.) Es la pura realidad:
y, por último, no quiero
casarme con él. He dicho.
AURELIA. Cierro el libro, y... hasta luego. (Váse.

ESCENA IV

ELISA

¡Luchando está mi razón!
¡Hasta el aya me sofoca!
Pero la fe no es tan poca
que tiene mi corazón.
Era feliz á su lado
y en él fundé mi esperanza;
que Dios me inspire templanza
en lance tan desdichado.
La pasión abrasadora
que mi corazón esconde...
no puedo amar á ese Conde,
y menos serle traidora.

Si es hombre de dignidad,
y sabe lo que es amor,
debe juzgar mi dolor
y sus planes desechad.
Mi padre es tan tesonudo
que un punto no ha de cejar.
¡Virgen santa del Pilar,
ampárame con tu escudo!
¡Ay! ¡Cielos! ¡El Conde!
(Se presenta el Conde por una de las puertas del fondo.)

ESCENA V

ELISA Y EL CONDE

CONDE. (Con intención.) Elisa,
¿Usted ya buena...?
ELISA. No á fe...
CONDE. ¿Qué tiene?
ELISA. Pues no lo sé.
CONDE. (Se turba y está indecisa.)
ELISA. ¿Y usté ha descansado bien?
CONDE. No, pardiez, porque el amor
es mi tormento mayor
al ver en usted desdén.
ELISA. Sabrá usted, Conde, la pasión que ardía
en dos seres ayer; mas, hoy la siente
y llora en desconsuelo el alma mía.
CONDE. (¡Estalló el desolaz sobre mi frente!)
Prosiga usted, Elisa.
ELISA. Un hombre fiel
manejó de mi padre la fortuna
con tanta discreción, que mi alma de él
se enamoró indeleble y oportuna..

Pasaron días y días; y se entendieron
nuestras almas, con tanto regocijo,
que meses y años venturosos fueron
de amor, de gloria, de candor prolijo.
Llegó tétrica hora: fatal momento
que en alas de ambición, me destinaba
hado cruel á unirme en casamiento
y obligóme á dejar al ser que amaba.
Créame usted; ¡la muerte prefiriera
antes que hollar la dignidad sagrada
del amor que mi fe halla por doquiera
siendo como él feliz ó desdichada!
Esto aspira mi ser, esto ambiciona:
cejar, es imposible; no me atrevo.
El alma generosa y fiel perdona,
y usted, señor Conde...

CONDE. Jamás yo debo
calificar amor tan venturoso
más que de dicha y gloria, dulce edén
que anhela el corazón que es muy dichoso,
y el de usted, ya veo, lo comprende bien.
No debo recabar ni la esperanza
ante un amor de sublimes sensaciones
que siente altivo pecho. La mudanza
no cabe, no, en los grandes corazones.
¡Ay! me avergüenzo de venir á ser
fatal preludio de ilusión tan pura
de seres que se quieren, sin poder
evitar la emoción de mi amargura.
Permita usted que sienta ese desvío
recóndita pasión que me estremece
al ver tanta hermosura. El pecho mío

fuego exhala de amor, no lo merece.
No lo merece, no. Insultar sería
tan mágico recuerdo. (¡Ay!, me devora!)
Ahóguese mi pasión en este día
y siga la esperanza que atesora.

ELISA. (¿Qué debo contestar? ¡Es generoso!)
El deber que me impone la conciencia
reitera sin cesar el amoroso
cariño que fundé con la inocencia.
No, no puedo faltarle. Agradecida
le doy á usted mil gracias, señor Conde,
que mi alma por aquél la tengo herida:
por Gerardo, que igual me corresponde.

CONDE. Yo, que fundé mi amor por el retrato
de tan sin par y angelical belleza,
cometí torpemente un desacato
al ver la realidad de esa entereza.
Soy el eco no más, tristes abrojos,
de la soñada gloria que anhelé.
¿Cómo saldrá el llanto de esos ojos,
para mí ni el suspiro? ¡Harto lo sé!

ELISA. Por desdicha es cierto: mi alma llora
al que errante buscando la fortuna
ha salido; y más se corrobora
con la ausencia mi amor.

CONDE. ¡Suerte importuna!

ELISA. ¿Y qué más quiere usted que yo le explique?
¿No es mejor detallar los pormenores
de la razón pura, y que me es un dique
que trastorna la flor de mis amores?

CONDE. Pues bien: me verá caer desde la cumbre
de la más alta y venturosa esfera

abrasado en amor, de cuya lumbre
mi vida es poca á resistir la hoguera.
Elisa, por piedad: si el dique soy,
ó valla que su grato amor destruye,
pronto, muy pronto, sí, rendido voy
á sufrir el tormento que me arguye.

ELISA. Sosiegue esa inquietud: mi vida entera
pertenece á Gerardo, al que juré
amor constante de la edad primera.

CONDE. Elisa...

ELISA. En Dios y en él tengo la fé. (Váse.)

ESCENA VI

EL CONDE

¡Ira de Dios! ¡Qué desprecio!
Todo en mi contra camina;
esa virtud me fascina.
¡Qué bella! ¡Cariño necio!
¡Amar y sin esperanza!...
Lo reconozco en mí mismo.
¿Qué es esto más que un abismo
que por momentos avanza?
Vivir así no es vivir;
es un continuo dolor.
¿Adónde está mi valor?
¡No puedo tanto sufrir!
Llegó el momento fatal;
hora de horror y agonía
que se alejó la alegría
de mi vida criminal.
He faltado á mi deber
durante toda mi vida;

mi razón está perdida...
¡Me pesa de ser un ser!
Padezco y batallo... ¿A quién
demandaré yo justicia?
Veamos si la malicia
por un azar sale bien.
En fin, su padre me dió
palabra de que sería
muy pronto señora mía;
¡y ella decirme que no!...
Suplicaré y rendiré:
jamás estuve indeciso.
¡Valor me será preciso
para luchar con su fe! (Entra Aurelia.

ESCENA VII

DICHO Y AURELIA

AURELIA. Señor Conde, muy temprano
se ha levantado...
CONDE. Es verdad.
AURELIA. Por supuesto, que muy bien
habrá descansado.
CONDE. ¡Quiá!
No se descansa en la vida
cuando hay disgusto.
AURELIA. Cabal.
También está levantada
doña Elisa.
CONDE. ¡Qué beldad!
Hermosa como la luz
del sol que empieza á rayar,

la he visto; y con toda el alma
la idolatro; pero... ¡bah!
¿No habrá medio de vencer
el amor tan singular
que tiene la señorita
á ese Gerardo?

AURELIA. Quizás;
el tiempo todo lo borra
y estando ausente, el afán
que hoy tienen, á no dudarlo,
algún día acabará.
Además, Don Federico
le despidió; por lo cual
Elisa será de usted.

CONDE. Dudando estoy si será
una esposa fiel y digna.

AURELIA. No debe usted de dudar,
que ilusorias esperanzas
adormecidas se van;
y después, viene la calma
tras de tormenta.

CONDE. Sí tal.
Es usted muy fina y sabe
del mundo la realidad.

AURELIA. (Riendo.) ¡Si sólo fuera en la corte
saber lo que pasa!...

CONDE. ¡Baf!
No digo yo que en los pueblos
no haya talentos; los hay
muy profundos y sublimes;
y si no la prueba está
en hombres que rigen cátedras

de filosofía, moral
y otras infinitas ciencias
que enseñan probos allá.
Cuyos hombres, muchos de ellos,
nacidos son en lugar,
y ascienden por su saber
á eminencia colosal.
Pero volviendo al asunto,
si pudiera usté impetrar
de doña Elisa esperanzas...

AURELIA. Con toda fidelidad;
en lo que de mí dependa
cuente con ello.

CONDE. Jamás
olvidaré este favor.
¡Con qué le podré pagar!

AURELIA. Es caprichosa Elisita,
señor Conde.

CONDE. Sí en verdad.
Pero si se consiguiera
el objeto principal...

AURELIA. (Yo tiemblo y bacilo.) En fin,
la volveré á suplicar.
Hasta después. (Váse.)

CONDE. Vaya, adiós.
(¡Pero si no tengo un real!)

ESCENA VIII

EL CONDE Y D. FEDERICO, *éste entra y hace el debido acatamiento al Conde y pasa á la ventana, sin detenerse, á mirar el horizonte.*

FEDERICO. He dormido más que nunca,
pero soñando en la caza.

CONDE. (Y yo soñé con Elisa,
pero la fortuna ingrata...)

FEDERICO. (Volviendo al escenario.)
En verdad que está fresquita
y pésima la mañana.
Pero ¿quién sabe? la tarde
tal vez esté despejada.

CONDE. En efecto, que las nubes
terribles nos amenazan,
y más acertado fuera
dejar que el tiempo calmara.

FEDERICO. No me opondré; que los días
de primavera lozana,
y su espléndida hermosura
me gusta ver nacarada
con la antorcha de sol puro
que brille sin negras manchas.

CONDE. Don Federico, el sol bello
que vida diera lozana
á este ser, sólo es Elisa,
si á mi amor no fuese ingrata.
Porque mi mente se pierde
considerando las gracias
que atesora: es una joya
que diera por ella el alma.

FEDERICO. Y yo con gusto vería
unión que tanto me agrada.
A verla voy, que ya es hora
de que disponga de casa.

CONDE. No, señor, no se moleste,
que ya la tiene ordenada.

FEDERICO. ¡Entonces usted la ha visto!

CONDE. En hora, señor, aciaga;
pues solamente el desprecio
ha merecido mi causa.

FEDERICO. ¿Pues cómo? ¿Qué ha sucedido?
(Aparte.) ¡Le habrá dado calabazas!

CONDE. Sin duda, usted, no sabía
que Elisa está enamorada
de un joven que administró
todo el caudal de su casa...

FEDERICO. Anoche lo descubrí
al darle á usted mi palabra;
y el chico de aquí salió
sin la menor esperanza.
Se liquidaron las cuentas;
le dí lo que le adeudaba
de su salario y... amén.
Ha sido sólo niñada.

CONDE. Esas niñadas, señor,
en el corazón se arraigan,
y puede bien suceder
que no se doblen por nada.

FEDERICO. Usted no dude, que yo
su padre soy, y esto basta
para vencer los obstáculos.
Jamás falté á mi palabra.
Además, ese menguado
que osado tuvo la audacia
de amar á mi Elisa, ya
lejano está de mi casa.
Y, en fin, si usted no la quiere
dígamelo y... santas pascuas.

CONDE. ¡Que no la quiero! La vida

sin ella la tengo en nada.
FEDERICO. Veré si en ello consiente.
CONDE. Mi dicha será colmada
si lograra merecer
esposa de tantas gracias.
FEDERICO. (Estoy gozoso: la quiere
más de lo que yo esperaba.)
En seguida vuelvo. (Váse.)
CONDE. Adiós.
Ya tengo alguna esperanza.

ESCENA IX

AURELIA Y EL CONDE

AURELIA. Pues, señor, nada logré:
Elisa está preparada
á morir, si es necesario,
antes que ceder.
CONDE. ¡Ingrata!
AURELIA. Por varios medios traté
de vuestro amor; pero nada:
se obstina cada vez más
sin dar siquiera esperanzas.
CONDE. ¿Con que ama tanto á ese hombre?
AURELIA. Parece que está hechizada.
De la corona condal,
de la risueña mudanza,
de su porvenir dichoso,
de la corte y de sus galas,
habléla; pero evasivas
y disculpas no le faltan.
Figúrome, señor Conde,
que el tiempo todo lo gasta,

y puede ser que otro día
accediera.

CONDE. Vaya, vaya:
la que da un chasco da ciento;
y bromas con una basta.

AURELIA. Pues hoy es cosa imposible
vencer su ilusión con nada.

CONDE. ¡Imposibles á mi amor!...
¿Si serán, quizá, patrañas?

AURELIA. ¡Señor Conde! ¿Esas tenemos?
Aquí no usamos de chanzas.

CONDE. ¡Por Belcebú! que yo sufro
más de lo que imaginara.
Déjame solo.

AURELIA. Al momento. (Váse.)

ESCENA X

EL CONDE

Abrete infierno á mis plantas.
¡Qué chasco! ¡Qué desazón!
¡Me asesinan! Sólo falta
que el padre también convenga
en darme las calabazas.
Sin duda, saben los vicios,
de inevitable desgracia,
que rodearon mi vida;
¡mi vida descabellada!
¡Tarde conozco el error!
¡Me persigue la desgracia!
No he de vivir humillado
en opresión tan amarga.
¿Será verdad que haya infierno

y una bienaventuranza?
Yo no merezco esa gloria:
(Con desprecio.) la fe de otra vida es vaga.
En fin; el momento espero
de perdición ó de gracia:
si el padre dice que no,
me da la muerte una bala.
¿Qué espero aquí en este mundo,
sin bienes, sin esperanzas,
sin empleo, sin profesión,
sin amigos y sin nada?
¡La indigencia!.. No ha de ser.
La muerte todo lo acaba.
Para vivir padeciendo
que venga el fin de hora mala.

ESCENA XI

DICHO Y D. FEDERICO

FEDERICO. Suspiros, lágrimas, pero...
¡qué pasión! ¡y qué ceguera!
¡Soñando no lo creyera!
¡Me temo una perdición!
Es más que amor; idolatra
á ese hombre hasta morir;
yo siento verla sufrir
muy grande palpitación.
Como padre, mi deber
no he cumplido, señor Conde,
á Gerardo corresponde
con locura y frenesí.
¡Qué he de hacer! Los pensamientos
de mi Elisa, según veo,

no son cual es mi deseo.

CONDE. (Con la cuenta me salí.)

FEDERICO. Con gozos imponderables
y glorias, me figuraba
ver el enlace, y faltaba
el examen.

CONDE. ¡Ay de mí!

FEDERICO. ¡Y sin poderlo evitar!...
Perdone usted...

CONDE. ¿Puede ser?
Usted debió comprender
que también siento yo aquí.
(Golpeándose en el pecho.)
Y estando ya consentido
en idea halagadora
y ver que no corrobora...

FEDERICO. Mas no depende de mí.
Ya ve que todos los medios
y resortes he tocado;
pero un volcán desatado
es el amor.

CONDE. (¡Cuenta vil!)

FEDERICO. Cuya llama no se extingue
porque depende del alma
y del honor. Tenga calma,
porque Dios, nos prueba así.

CONDE. Harto me prueba Dios en este día
aterrando el espíritu que encierra
este ser con la ingrata tiranía
de amor, que ciclo de venturas cierra.
Abandoné mi hogar con el anhelo
de unirme con Elisa hasta la muerte;

pero corrió con impetuoso vuelo
la rueda inexorable de la suerte.
En la corte mis goces son cumplidos,
nada sin ella espero en esta vida;
es un ángel que ofusca mis sentidos
cadena de opresión entretejida.

FEDERICO. Conde, por Dios, detenga esa impaciencia,
que mayor es el cáliz de amargura
que sufro como padre. La prudencia
aconsejan los doctos; fuente pura
del divino principio.

CONDE. ¿Qué hacer, pues?

FEDERICO. Dejaremos que pasen los momentos
fatales de ese amor.

CONDE. Fuerte revés
de infortunio.

FEDERICO. ¡De azar!

CONDE. ¡Qué sufrimientos!

FEDERICO. Cálmese que, en cesando el vendaval,
iremos á la grata cacería:
las delicias del mundo sin el mal
reflejadas se ven con armonía.
Los cantos de las aves, la belleza
de prados naturales con sus flores,
los árboles y, en fin, esa grandeza
de Dios. De lo infinito en los albores
dilátase la mente y el dolor
de pesares, que atañen á la vida,
se tornan venturosos en amor
volviendo á la razón de fe perdida.

CONDE. Una carta á mi padre escribiré
diciendo que llegué sin novedad.

Pero ¡ay! ¡tristeza! corazón sin fe,
¿por qué suspiras?

FEDERICO. ¡Oh fatalidad!

CONDE. La encuentra por doquier sintiendo el hom-
abismo sin placer. [bre

FEDERICO. Y un más allá;
regido solo por el santo nombre
del Rey de gloria, nuestro Dios Jehová.
(Se retira y el Conde queda en profunda meditación.)

ESCENA XII

EL CONDE

Sus poderosas razones
me llegan al corazón.
¡Qué hacer, pues, en ocasión
tan triste á mis intenciones?
(Saca del bolsillo del gabán una pistola y dice examinándola):
Serás el arma homicida. (Con risa diabólica.)
¡Gracias, á quién...! á Satán,
que nos incita en su afán
atentar contra la vida. (La guarda reflexionando.)
Es diabólica en verdad
la intención... ¡Pero mendigo!
Arrepentido lo digo:
me falta la voluntad.
Inerte... vacilo. El mundo
es para mí tan pesado,
que al recordar lo pasado
siento un abismo profundo.
Abismo que me sirvió
de placer y nada más,
sin acordarme jamás

de contenerme, eso no.
(Con ansiedad.) ¡Ay! si volviera otra vez
á nacer, de otra manera
en el mundo yo viviera
con método y sensatez.
Pero la flor ya pasó
de los juveniles años,
y sufro los desengaños
que el deleite me dejó.
(Desesperado.) Mas... ¿Qué espero? Arrepen-
No, jamás: venga la muerte; [tirme...
horror me da de mi suerte.
Sal, infierno, á recibirme.
(Váse precipitado á una de las habitaciones del fondo y á seguida se suicida disparándose un tiro. Al oir la detonación acuden por las otras puertas D. Federico, Elisa y Aurelia.)

ESCENA XIII

ELISA, AURELIA Y D. FEDERICO, *éste entra por la puerta principal, dirigiéndose á la en que se halla el Conde.*

FEDERICO. ¡Un tiro. .! ¡En mi casa...! ¡Apuesto
que se mató...! ¡Desdichado...!
(Llega á la habitación y entra llamándole.)
¡Señor Conde...!

AURELIA. ¡Qué menguado!

ELISA. ¡Oh, qué lance tan funesto!

FEDERICO. (Saliendo de la habitación exaltado.)
A los vecinos llamad
que presencien el horror
y nos sirvan de favor
como testigos, volad.
(Váse Aurelia precipitadamente.)

ESCENA XIV

ELISA Y D. FEDERICO

FEDERICO. Somos, Elisa, perdidos.
El Conde ya te dejó.

ELISA. Desfa...llez...co...

(Va cayendo desmayada y D. Federico, que lo advierte, se aproxima, la sostiene y coloca sobre uno de los asientos inmediatos y la contempla y pulsa.)

FEDERICO. ¡Qué te dió...!
¡Cómo zumban mis oídos!
Por mi culpa en panteón
se ha convertido mi casa.
¿Quién al amor pone tasa?
¡Ay, Señor, qué confusión!

(Entran gentes de todas clases del pueblo: permanece Elisa desmayada y cae el telón.)



ACTO TERCERO

Salón interior de la casa-comercio de D. Juan de Araimbar: puerta principal en el fondo con laterales y otra secreta.

ESCENA PRIMERA

GERARDO

El encanto arrobador
de la risueña mudanza
da expansión á mi esperanza
en tanta pena y dolor.
Arboles, plantas y flores,
con su lozana verdura
no igualan con la hermosura
de mi Elisa en los albores.
Por eso al rayar la aurora
los trinos del ruiseñor
me dicen: sigue el amor
que en tu alma se atesora.
Es el dolor de mi vida
estar ausente de tí:
con mis deberes cumplí
¡y el alma tengo abatida!

Mas, pronto seré á tu lado,
cual lo es un talismán
que no le arredra un volcán
y nunca le extingue el hado.
Siguiendo en pos de la estrella
que predomina en mi ser,
no acierto yo á comprender
que sufro alegre por ella.
Por ella que me sirvió
de luz en mi abatimiento,
endulzando aquel tormento
que en el pasado quedó.
Mas, ¡ay! las quejas amargas
provienen de mi destino
y destruyen mi camino
con horas de insomnio largas.
Detén, destino cruel,
el caos de mi desventura.
¡Bastante fué mi tortura
bebiendo tu amarga hiel!

(Entra Julián, compañero de Gerardo en el comercio, por la puerta lateral izquierda.)

ESCENA II

GERARDO Y JULIÁN

JULIÁN. (Podré ser un gran señor,
si admite Gerardo el tercio,
y no estar en el comercio
tan sujeto al mostrador.)
Gerardo, vamos, ¡te veo
siempre con una tristeza!...

GERARDO. Dios me dió naturaleza

para pensar.

JULIÁN. (Con jovialidad.) Ya lo creo.
Muy bien, D. Gerardo, bien,
compañero; mas, te advierto
que el pensamiento encubierto
suele hacer daño también

GERARDO. No insisto. ¿Pero á qué vienes?

JULIÁN. Pues te he venido á llamar.

GERARDO. ¿Qué ocurre?

JULIÁN. Que quiere hablar
contigo un sujeto. ¿Tienes
en caja fondos?

GERARDO. Bastantes...

JULIÁN. Podemos hacer negocio
y después gastar en ocio
cuanto se quiera.

GERARDO. (¡Tunantes!)
¿Qué habéis tramado?

JULIÁN. ¡No es nada!
Se presenta la fortuna
en ocasión oportuna
y la tenemos ganada.

GERARDO. Explícate. ¿Cómo es eso?

JULIÁN. ¿No has dicho que necesitas
dinero para tus cuitas?

GERARDO. Sí.

JULIÁN. Amigo, sin grande exceso
es bien fácil á mi ver.

GERARDO. (Quizá robando la casa.)

JULIÁN. Nuestra fortuna es escasa
y en tu mano está el poder.
Pues bien; ya sabes que el amo

se marchó y no volverá:
sin duda ha muerto.

GERARDO. Quizá.

JULIÁN. Por eso de tí reclamo...

GERARDO. Si fuera asunto legal,
de un negocio soy el blanco.

JULIÁN. (Con satisfacción.) Cien mil duros contra el Banco
de la Unión: ¡qué capital!

GERARDO. ¿De los Estados Unidos?

JULIÁN. Está claro.

GERARDO. (Aparte.) ¡Qué sandez!
¡Mas, por Cristo, que esta vez
estáis en la red cogidos!

JULIÁN. El sujeto de mención
es un anglo-americano;
cambiarlo en nuestra mano;
(Con efusión.) ¡y qué bonita ocasión!
Dos millones cambiar
pretende en letras de giro
con reserva; y yo le admiro
porque es hombre singular.
Le damos todo el dinero,
nos da él sus letras y en paz

GERARDO. ¡Quieres ser ladrón audaz!

JULIÁN. Es asunto financiero.
Chico, verás; al momento,
ligeros nos embarcamos;
y con el oro logramos
allá riquezas sin cuento.
¿Qué nos importa perder
al comerciante Araimbar
aunque viva? Así gozar

podemos.

GERARDO. No puede ser.

JULIÁN. (¡Habrá semejante necio!)
¿Esas tenemos? Amigo,
accede á lo que te digo.

GERARDO. Ganancia tal la desprecio.

JULIÁN. ¿Qué dices? Pues no creí
hallarte tan obstinado.

GERARDO. Lo que han puesto á mi cuidado
me toca velar aquí.

JULIÁN. Admiro tu abnegación:
otro en tu caso... se allana.

GERARDO. La ley divina y la humana
me prohiben ser ladrón.

JULIÁN. Ladrones conozco yo,
poderosos, con berlina,
y todo el mundo se inclina
al verlos pasar: ¡que no!
Dinero ten y verás
que en doquiera estarás bien,
sin temor de que te den
mala respuesta jamás.

GERARDO. (Con mucha energía.) ¡Avaro! ¿Piensas que el oro
te hará feliz en la tierra?
Lo que promueve es la guerra,
contra el alma, ese tesoro.
Te aseguro que pervierte
y avasalla la conciencia,
no siendo su procedencia
legal y de buena suerte.
Si el oro del mundo entero
reunido así me lo dieran,

confieso que me ofendieran.
Vivir con honra prefiero.

JULIÁN. Calla por Dios, que dirán...

GERARDO. Cobarde, ¿temes sufrir?
Llegastes á delinquir
tramando tan necio plan.

JULIÁN. Gerardo, que me delatas.

GERARDO. Lo mereces, insensato,
por tan ruín desacato.

JULIÁN. Perdón, perdón, que me matas.

GERARDO. No arguyas; que yo no voy
á ser tan vil delator:
pero me impulsa el honor
á demostrar lo que soy.

JULIÁN. No sabe nadie, en concreto,
mas que tú mi felonía;
de vergüenza moriría
si descubres...

GERARDO. ¿Y el sujeto?

JULIÁN. Está esperando á que salga
y le dé contestación.

GERARDO. Pues sírvate de lección...
y vete.

JULIÁN. ¡Que Dios me valga!
Por cuanto caro en el mundo
existiese para tí,
te suplico quede así
mi delito.

GERARDO. (Le confundo.)
Las facultades da Dios,
para obrar de nuestra cuenta;
sin esa vida violenta

que lleva un delito en pos.
Si es verdad que arrepentido
te encuentras ya de tu mal,
prosigue siendo leal
y siempre serás querido.
Si sujeta las pasiones
el hombre, puede vivir
sin temor de recibir
escarnios ni adulaciones.
Hay mucha farsa, Julián,
en el mundo en que te ves,
lo eterno viene después.
¿Qué debe ser nuestro afán?
Afán por servir al Rey
de los ámbitos del orbe;
sin que nada nos estorbe
cumplir con su santa ley.

JULIÁN. Su providencia, sin duda,
se interpuso en mi camino.

GERARDO. ¿Conoces el desatino
de tu cabeza insesuda?

JULIÁN. Lo conozco.

GERARDO. ¡Que me place!

JULIÁN. Pues llevo en el corazón
la dicha y abnegación.

GERARDO. Permíteme que te abrace. (Lo hace.)

JULIÁN. Hasta después, que me voy.
¿Mi desliz será un secreto?

GERARDO. Eso sí, te lo prometo.

JULIÁN. En el despacho me estoy.

(Váse izquierda lateral.)

ESCENA III

GERARDO

¡Oh, sociedad corrompida...!
tu perfidia me atormenta,
sólo por oro sedienta
no sabe lo que es la vida.
La vida sin egoismo
es el precepto de Dios:
Vos, Señor, y solo Vos,
remedia tanto cinismo.
Héme aquí; sin más ambajes
se presenta la ocasión
sin riesgo: ¿y el corazón?
¿No abomina los pillajes?
Quiero morir sin ceder
y ser ante todo bueno:
me está prohibido lo ajeno;
no debo retroceder.
Parece el hado fatal
que me impele, ¡Dios divino!
mas, no seguiré el camino
de tan detestable mal.
¡Pobre Julián! se quedó
más yerto que blanca nieve;
su pensamiento era aleve
y de antídoto sirvió.
Mas ¡ay! si con otro hubiera
consultado su desliz,
de seguro el infeliz
se ensaña como una fiera.
A verle voy, que el dolor

se inculca y queda en el alma,
le volveré entera calma
y así le daré valor.

(Váse por la puerta lateral izquierda, por la secreta entra D Juan de Araimbar y lateral derecha Blasa, criada.)

ESCENA IV

D. JUAN Y BLASA

JUAN. Defensores del deber
los habrá, pero Gerardo...
es tan grande en heroismo
como el que más por sus actos.

BLASA. ¡Jesús! ¡D. Juan!!!

JUAN. Qûé. Silencio.
Esto quiero y esto mando.
(Mostrando una llave.) Ves esta llave, con ella
abrí puerta que da paso
á varias habitaciones
secretas, y aquí me hallo.
A nadie, Blasa, le cuentes
que me has visto. ¿Lo oyes?

BLASA. Claro,
así usted lo exige...

JUAN. Sí.

BLASA. ¿Ni á la señora que el amo
ha venido...?

JUAN. A nadie, Blasa.
Retírate, pronto, vamos.

(Vánse por donde entraron y por la puerta principal aparece D.ª Leonor.)

ESCENA V

D.ª LEONOR

Mi esposo ha muerto, sin duda,
ó me ha olvidado quizá;
dos años sin escribir
atestiguan la verdad.
Gerardo quedó en la casa
y me atrae como un imán
con fuerza tan imperiosa
que no le puedo olvidar.
Pienso en él y sólo en él.
¿Y por qué tanta ansiedad?
¡Es tan honrado...! y reune
un talento colosal.
¡Con qué precisión las cuentas
del comercio! ¡Es por demás!
No he visto joven alguno
de tal laboriosidad.
Nunca falté á mi marido:
mis atenciones y afán
han sido siempre por él,
por él... por él... nada más.
¡Qué pensamiento! ¡Es desliz,
desliz que juzgo fatal!
¿Y por qué este nuevo amor?
¡De mí, Señor, ten piedad!
¿Cómo podré contener
el impulso de mi afán
si las noches con insomnio
las paso en triste soñar?
Por esto le indicaré (Toca un timbre.)

la situación de mi mal,
que teniendo una esperanza
se vive y reina la paz.

ESCENA VI

D.ª LEONOR Y GERARDO

GERARDO. (¡Me ha llamado! ¡Qué conflicto!)
¿Qué me ordena usted, señora?
(Sabrá, tal vez, ¡quién lo duda?
delatarle es su deshonra...)
LEONOR. (¿Qué es lo que pasa por mí!)
Vaya, Gerardo, en buen hora
venga usted.
GERARDO. (¡Oh, me complace!)
LEONOR. ¡Madruga mucho!
GERARDO. No es cosa
para el que fiel se propone
seguir en la casa y...
LEONOR. Oiga,
¿usted guardará un secreto?
GERARDO. Y mil que fueran, señora.
¿Qué no haré por una dama
en extremo generosa,
que me halló desventurado
y cuidó de mi persona?
LEONOR. Le ví á usted tan desvalido
que fué preciso...
GERARDO. ¡Señora...!
LEONOR En bien de la caridad
se deben de hacer las cosas.
GERARDO. Cuanto me diga, este pecho (Golpeándose.)

sabrá guardarlo de sobra
y nadie, nadie en el mundo
lo ha de saber de mi boca.

LEONOR. Ante todo, sabrá usted
la impresión fascinadora
que á mi ser le martiriza.
(Esta pasión me sofoca.
¡Qué le diré si no sé
dar principio ni la forma!)
Le ví acosado una noche,
hambriento, inerte...

GERARDO. Señora...

LEONOR. Mandé trajeran á usted
con cuidado...

GERARDO. No se borra
de mi mente tal recuerdo.
Usted fué mi protectora.

LEONOR. Su acento llegó hasta mí,
con fuerza tan imperiosa,
sintiendo viva emoción
dulce al par que aterradora.
Desde entonces me aniquila,
me destruye y me sofoca
el amor... y, una esperanza
de usted quisiera...

GERARDO. Señora,
¿usted sabe lo que dice?
Mírelo bien: siendo cosa
tan perjudicial, que entraña
disturbios que nunca abonan
al régimen de la unión...
le importa mucho, le importa,

que la impúdica mujer
es el caos de la ponzoña;
y encontrándose casada
debe de ser pudorosa,
porque de no ser así
¿á dónde queda la honra?
en el lodazal inmundo
de iniquidad borrascosa.

LEONOR. Gerardo, por Dios, no siga:
sus palabras me destrozan.

GERARDO. Perdone usted si ofendí
á una alma tan cariñosa:
al fin no sé lo que digo,
pues, juzgo que será broma.

LEONOR. Sin antecedente alguno
fuí con usted generosa,
confiriéndole un empleo
en mi casa.

GERARDO Y yo, señora,
le desempeño fielmente
en lo que puedo, con obras.

LEONOR. Estoy satisfecha; pero,
fundé una esperanza, loca,
y al verla desvanecida
soy desgraciada...

GERARDO. Ó dichosa.
Pídame algún sacrificio
en que no toque á la honra,
y aunque me cueste la vida
la doy por usted, señora.
Porque ha de saber, en fin,
que mi anhelo y vida toda

pertenece á otra mujer
cuanto desdichada hermosa.
Por ella sólo suspiro
ausencia que el alma llora,
y por ella perderé
placeres, dichas y glorias.

LEONOR. Basta, Gerardo.

(En este momento aparece por la puerta secreta D. Juan de Araimbar, el cual ha oído escondido lo precedente.)

ESCENA VII

DICHOS Y D. JUAN

JUAN. (Con la energía que requiere el caso.) ¡No basta:
mujer infame, traidora!...
¡Mi nombre hollar!...

LEONOR. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Oh, Dios mío!

JUAN. Mujer impúdica, arroja
más, y más, ese veneno
lascivo sobre mi honra.
¡No sé por qué me detengo!...
¡Desgraciada!!!

LEONOR. (¡Me abochorna!)

JUAN. Si el hombre de recto juicio
no ahuyenta tus ilusorias
esperanzas... ¿qué sería?
El adulterio se logra.
¡Ay de tí! ¡Como un reptil
despreciable, en esta hora,
hubieras muerto á mis pies!!!
Contesta, dí, mala esposa.
¿Por qué faltaste al decoro?

LEONOR. Te juzgué muerto...

JUAN. (Con ironía.) ¡Qué pronta

solución! ¡Oh, qué virtud
tan sublime y candorosa!

LEONOR. Mátame, que no merezco
vivir más tiempo.

JUAN. ¡La sombra
de un delito empuja al crimen
y, aunque fatal!... ¿qué le importa
á los seres corrompidos
vilezas y malas obras? (A Gerardo.)
Sirviente honrado; cumpliste
cual pocos: una corona
sobre tus sienes mereces.
Veinte millones te abonan.

GERARDO. Señor, no merezco nada:
cumplí mi deber y sobra
con mi salario.

JUAN. ¿Qué vale
el oro para una joya?
¡Ah! tu energía, tu valor
y tus dones, te colocan
en la cumbre de ser digno
de santidad que se adora.
(A D.ª Leonor.) ¿Y tú qué mereces, dí?
un convento, en donde toda
tu vida pueda adherirse
á vencer; pues, mi deshonra
está visto que se mece
siendo libre tu persona.
Sólo te resta acceder;
porque el divorcio, no es cosa
de entablarle; aunque, si quieres,
lo exige el deber ahora.

LEONOR. No debo, no, suplicar;
falté á mi deber, perdona;
y admíteme, Dios eterno,
en tu regazo de gloria.

JUAN. Vete al momento: prepara
lo necesario y tus ropas,
que enseguida pasarás
al claustro si te acomoda.

LEONOR. Hasta después; y que el cielo
perdone á tu infiel esposa. (Váse.)

ESCENA VIII

GERARDO Y D. JUAN

JUAN. Cuenta el dinero, Gerardo,
quiero estar solo.

GERARDO. Señor,
con la prudencia, la calma
vendrá después.

JUAN. Eso no.
Estoy ya solo en el mundo;
seco está mi corazón:
envidio, sí, tu infortunio.
¡Qué lance desgarrador!
¿Qué resta? Nada, sufrir;
así lo dispone Dios:
¡perdí con ella la vida
gratísima del amor!

GERARDO. Cálmese un poco, D. Juan;
la culpa la tengo yo,
pues que desdichas y males
tras de mí siguen en pos.
Juré al Eterno seguir

por el sendero de honor...

JUAN. Y á cada paso te impele
probarte la tentación.
Dichoso tú, aquí en el mundo,
que de todos el mejor
supiste elegir la bella
felicidad sin baldón.
Mas, vete y cuenta el dinero
que haya en la caja.

GERARDO. Señor...

JUAN. No digas nada, Gerardo,
lo exijo y lo mando yo.
Vuelve enseguida.

GERARDO. Al momento. (Váse.)

ESCENA IX

D. JUAN

En todo fiel y precoz:
venciste, sí, ya venciste;
y vas á lograr tu amor.
En cambio, yo quedaré
en verdadera pasión.
¡Ay de mí, sin ella... nada!!!
¡nada espero sin Leonor!
(Queda pensativo y reflexionando algunos minutos.
Nos dice el Sagrado Texto,
que el secreto ha de ser voz
y no ha de quedar oculto.
¡Sentencia del Redentor!
Su alma se ha emponzoñado
con tal deseo; pero yo,
¿quién soy para prejuzgar

su delito? Sólo Dios
es el Juez omnipotente.
Además, aunque faltó,
¿no falté yo al deshonrarla,
y aún era capullo en flor,
con engaños, seducciones,
promesas que no cumplió
mi vileza, y su esperanza
perdida fué y su candor?
¿Y aquel fruto, que hoy deploro,
no le arrojé? ¡Compasión!
¡¡¡Señor de misericordia!!!
¡¡¡Usadla conmigo Vos!!!
(Entra D.ª Leonor en traje adecuado para pasar al convento.)

ESCENA X

DICHO Y D.ª LEONOR

LEONOR. (Con ansiedad.) Perdóname.
JUAN. Te perdono.
LEONOR. ¡Ah! ¡Qué bueno eres! Y yo
tan necia que arrebatada...
¡pensarlo me causa horror!
JUAN. Faltaste á lo que es sagrado;
y, sin embargo, el perdón
no te le niego; mas, quiero
que le impetres del Señor.
LEONOR. Gracias mil; no lo merezco:
lo mismo pretendo yo;
que la mancha del pecado
se lava con la oración.
Y hasta que absuelta no quede

he de rogar con fervor
en el claustro de un convento.
Permiso quiero... y... adiós.

JUAN. Adiós, adiós, siempre fuiste
sublime y casta, Leonor;
probarte quiso el Eterno
tu virtud y abnegación.
Te perdoné, no te vayas;
volver te dejo á mi amor,
que indisoluble es el lazo
aceptado de la unión.

LEONOR. Déjame: debo purgar
mi culpa: ¡culpa de error!
hasta que el cielo disponga
llevarnos á su mansión.

JUAN. No puedo ni debo, hermosa,
dejar tan sentido amor,
porque Dios nos ha juntado.
Juzga por tu corazón.
¿No ves la naturaleza?
Sólo examina la flor.
¿Qué fuera de ella sin aura,
sin el agua ó sin el sol?
Así quedaría mi ser,
en ilusoria pasión,
ajado al punto y sin vida
perdiéndote á tí, Leonor.

LEONOR. La triste fatalidad
conozco que me llevó,
por el sendero de abrojos
de eterna condenación.

JUAN. Sin duda; mas, fué abatida

y, aunque pérfida, mi honor
consiente quede zanjada
la maldad ante el perdón.
Tengo que hablar con Gerardo.

LEONOR. ¿Me retiro?

JUAN. Sí, Leonor.

LEONOR. ¡He sido y seré tu esclava!
Hasta luego. Adiós. (Váse y entra Gerardo.)

JUAN. Adiós.

ESCENA XI

D. JUAN Y GERARDO

JUAN. ¿Cuánto dinero hay en caja?

GERARDO. Treinta millones, señor.

JUAN. ¡Mi capital es mayor
y me figuré la baja!
Quiero hacerte donación
de intereses ahora mismo;
de no hacerlo un pesimismo
dañaría mi corazón.
Cuanto quieras cogerás,
que de tu dicha anhelante
me alboroza en este instante
y te lo ruego.

GERARDO. ¡Quizás!...

JUAN. No me arguyas: que sé bien
la triste cárcel sombría
en que moras noche y día
y tu adorada también.

GERARDO. ¿Sabe usted, quizás, mi historia?

JUAN. Oculto estuve escuchando
(Señalando la secreta.)

en esa habitación, cuando
por tí me ha sido notoria.

GERARDO. Es cierto, señor D. Juan:
paso la vida agitada
continuamente plegada
á esa égida con afán.
Cándida y blanca paloma,
cuyo amor de virtud fué
que se respira en la fe
cual de jardín el aroma.
Su padre me despreció
y de su casa salí,
pero dejé entero allí
el ser que el cielo me dió.
Aunque ausente, el alma mía
ha visto siempre el edén,
anhelado de su bien
como el sol del medio día.
Sólo esperaba cumplir
tres años de penitencia,
pues nunca la Providencia
nos abandona á morir.
¡Y en la presente ocasión
al espirar ese plazo
abriéndome su regazo
lo demuestra!

JUAN. ¡Y con razón!

GERARDO. Mil gracias, Señor del cielo:
¡desde tu Solio Imperial
te apiadaste de mi mal
y viste mi desconsuelo!

JUAN. Grande es tu fe: por Dios vivo

que tu acento me enternece:
la voz del cielo parece
según á lo que concibo.
Tales cosas concedidas
al impulso de tu amor...
¿No es cierto que el Hacedor
me inculcó á tomar medidas?
¿No es cierto que puso en mí
pensamiento de volver
del viaje y de saber,
sin ser visto, lo que oí?
¡Todo es cierto, Dios eterno!
Regenerado mi ser
te da gracias con placer
al librarme del averno.
Quizás en este momento
sin tu Excelsa protección,
estuviera mi razón
presa de un hondo tormento.
Porque, si al fin, la entereza,
Gerardo, de tu honradez
no triunfa, sólo esta vez,
de Leonor en su flaqueza...
la muerte con su tristura
sellara este pavimento
con tres seres, sin aliento,
para eterna desventura.

GERARDO. Persígueme siempre á mí
una tragedia, señor;
mi ser causó deshonor
desde el punto en que nací.
Lo prueba el sello de muerte

que en este brazo estampó,
(Señalando el izquierdo)
sin duda, el que ser me dió
y abandonóme á la suerte.
Y en un árbol colocado
sobre un canastillo envuelto,
á la ventura resuelto,
lloré sin tener pecado.
Y al ver á un ángel llorar
al pasar un buen anciano,
me recogió, cual á hermano,
y asilo me dió en su hogar.
Llegué al uso de razón,
y el hombre caritativo
fué para mí un lenitivo
guiando mi corazón.
De diez años, á través,
que murió tan buen anciano,
mi recuerdo no es en vano.

JUAN. ¿Qué haces por él? Dílo pues.

GERARDO. Cumplir un voto solemne
que en mi razón inculcó
aquel hombre que me dió
el sustento y el saber.
Pero un saber limitado
que siempre debe cumplir
el hombre en todo y salir
vencedor con su deber.

JUAN. Tus frases enigmas son;
y si tu mente delira...
el alma siente y...

GERARDO. Respira

en ellas la sensatez.

JUAN. Está muy bien. ¿Con que quieres
á una mujer con exceso?

GERARDO. ¡Ah! señor, se lo confieso,
me espera y ama á la vez.

JUAN. Ya sabes que cuanto tengo
dinero y bienes te doy.

GERARDO. Faltarle puede, y no soy
su heredero.

JUAN. ¿Serás fiel
al estricto cumplimiento
del deber?

GERARDO. Sin replicar.

JUAN. Vete en seguida á contar
diez millones en papel,
ó en oro, y si necesitas
alguna cosa además
lo dices.

GERARDO. Señor, quizá
me sobre todo.

JUAN. ¡Lo ves!
¿Me quieres dar desazón?
No me repliques, espero
que sepas soy caballero.
Corre, vuela.

GERARDO. Hasta después.

(Váse y D. Juan queda anonadado bajo el peso de una profunda meditación.)

ESCENA XII

D. JUAN

¡Clemente Dios, qué alegría
rebosa en mi corazón;
y un no sé qué de ilusión
impera en el alma mía!
Gerardo, bien ha pintado
su pasado: y, creo que dijo,
de un sello que tiene fijo
en un brazo el desdichado.
(Con mucha exaltación.)
¡Oh! no hay duda, entonces él...
es el hijo de mi amor!
¡Y no he tenido valor
de comprobarlo! ¡Cruel!...
¡Con aquel hierro candente
sello fatal le estampé!
¡Bien dice que muerte fué
para un ser tan inocente!
¡Oh, qué recuerdo! ¡Dios mío!
Vacilo, dudo y batallo.
¡Aquel niño, hermoso tallo
del insensato albedrío!...
¡Aquel niño que Leonor...
y yo tan vil le arrojé;
y al azar le destiné
siendo el fruto de mi amor!...
De un amor casi infantil
que su desgracia causó,
y entonces no meditó
mi conciencia juvenil.

Después, mi culpa lloré;
y Leonor al par de mí,
pero el pecado sentí
y el malestar evité.
Mentira, sí, mi delito
fué tan liviano y soez,
que el cielo con altivez
me dice que estoy maldito.
¡Maldito, sí, consentir
abandonar del edén
al ángel que mi sostén
fuera siempre hasta morir...! (Pausa.)
¿Cómo me atrevo siquiera
á mirarle ¡qué sonrojos!
si el Eterno los enojos
contra mi culpa reitera?
(Moderándose.) ¡Qué necio! voy á dudar
de un hecho que veo patente
que Dios le tiene pendiente
y quiere dilucidar!
Potente Juez: esa luz
clara y divina en mi frente
derrámala y no inconsciente
se quede en negro capuz. (Entra D.ª Leonor.)

ESCENA XIII

DICHO Y D.ª LEONOR

JUAN. ¡Ah!
LEONOR. ¿Llamabas?
JUAN. Sí, querida.
¿Recuerdas aquel amor
matizado con la flor

de la infancia de tu vida?

LEONOR. ¡Por cierto que en mi destino
lloré tanto!!! pues me diste
ocasión, cuando me viste
con un hijo en mi camino.

JUAN. Y el cielo me castigó
por inhumano y cruel.

LEONOR. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué será de él!!!
¡el infeliz...! ¡si murió...!

JUAN. No ha muerto, no, vida mía,
caridad no le faltó:
por cierto que se educó
en principios de valía.

LEONOR. Díme por Dios, ¿dónde está?
¿Me permites verle?

JUAN. Sí.

LEONOR. ¿Está muy lejos de aquí?

JUAN. En Barcelona está ya.

LEONOR. Entonces... vamos á verle,
si se encuentra en la ciudad...

JUAN. Sí, Leonor, mas descuidad:
creo que debes conocerle.

LEONOR. Mil veces sí; ¿y cómo no,
si es el ser de nuestro ser?
Le debo reconocer...

JUAN. La pasión te fascinó.

LEONOR. ¿Qué dices? ¡que me estremeces!
No uses, por Dios, de rigor:
quiero verle.

JUAN. Sí, Leonor,
siento ver lo que padeces.

LEONOR. Mas ¿por qué me dices eso?

JUAN. Porque te quiero muy bien,
que de la dicha también
causa dolor el exceso.

LEONOR. ¡Ah! no puedes comprender
la dicha que mi alma siente.

JUAN. Por eso mismo prudente
debes de estar, á mi ver.

LEONOR. ¿Y qué he de hacer si yo tengo
grande emoción en el alma?

JUAN. Que escuches en plena calma
lo que oigas, te prevengo.

LEONOR. ¡Ah! no creas, no, que un desmán
cause en mi ser la alegría.

JUAN. Lo puede ser, vida mía;
quiero evitar...

LEONOR. ¿Es afán
de martirizar mi vida?

JUAN. No juzgues; calla y espera.

LEONOR. Pero si la duda artera...

JUAN. Se encuentra desvanecida.
Para que bien claro sea
en el campo de tu mente,
me expresaré claramente.

LEONOR. ¿Sin ambajes?

JUAN. Sí: pues, ea.
Sabrás, querida Leonor,
que en tu casa recogiste
aquel á quien ser le diste
y demostrabas amor.

LEONOR. ¡Ay! ¡por Dios! ¡por Dios!!! ¿Qué es esto?
¿Con que se encuentra en la casa?
¡¡¡Qué es esto que á mí me pasa!!!

JUAN. Que Dios evitó el incesto.
Un misterioso poder
nos condujo hasta el abismo;
y á sus puertas asimismo
nos llamaba á perecer.

LEONOR. ¡Qué hubiera sido! ¡ay de mí!!!

JUAN. Si se inclina la balanza
por el error... la venganza
se verifica hoy aquí.
Pero cruel, espantosa;
y no quedaba resquicio,
porque después, en mi juicio,
os acompaño á la fosa.
¡Hora tétrica en verdad!...

LEONOR. ¡Y es el fruto de mi vida!
¡Mi pasión desconocida
era enigma en realidad!

JUAN. Era enigma, sí, Leonor.
¡Gracias á Dios que le hallé!

LEONOR. Luego entonces ¿para qué
me detienes?

JUAN. ¿No es mejor
que reflexiones muy bien?...

LEONOR. Quiero estrecharle en mis brazos,
que el corazón en pedazos
se me destroza.

JUAN. Pues ven.

(La coge del brazo para ir á ver á Gerardo, á cuyo tiempo se presenta éste.)

ESCENA XIV

D.ª LEONOR, D. JUAN Y GERARDO

LEONOR. (Avanza en actitud de abrazarle.)
¡Hijo de mi alma!
GERARDO. (Retrocediendo.) ¡Señora!!!
JUAN. Somos tus padres.
GERARDO. Quizá...
Vengan pruebas.
JUAN. Las habrá.
GERARDO. (Emocionado.) Quiero verlas.
JUAN. Corrobora
con el sello, una medalla
partida que yo conservo.
(De una cómoda saca una pequeña cajita y de ésta recoge la parte de medalla que contiene: Gerardo, que ha conservado durante su vida la otra parte restante, la muestra al par de la que D. Juan presenta al hacer la comprobación.)
GERARDO. Nuestra Señora del Verbo
es su efigie.
JUAN. (Como anonadado.) Pero, calla...
LEONOR. (A Gerardo.) ¿La conservas por ventura?
GERARDO. Aquel honrado varón
que guió mi corazón
sabiamente y con dulzura,
me dijo: voy siendo viejo;
y por si acaso la muerte
me dejara pronto inerte
quiero darte un buen consejo.
Consejo que guardarás
cual tesoro en la memoria.
Que te olvides de la historia
de tus principios. Quizás,

tus padres se avergonzaron
de un fruto de amor maldito
y pagaste su delito
sin culpa, y te abandonaron.
Jamás pretender debieras
averiguar quiénes fueron.
Si al arrojarte no oyeron
la voz interior, ¿qué esperas?
Tampoco tu mente arguya
sobre este punto: cualquier
incidente pudo haber
ajeno y sin culpa suya.
Si hoy están en la opulencia
y quieren reconocerte
pueden hacerlo de suerte
que descubran tu existencia.
Está claro, y se detalla,
que fueron muy previsores
en medio de sus errores
de partir esa medalla;
y, sin duda, la otra parte
la conservan y...

JUAN. Así es.

GERARDO. Confrontemos.

JUAN. Venga, pues.

(Confrontan y resulta la exactitud.)

LEONOR. ¡Déjanos, hijo, abrazarte!

(Se abrazan los tres formando un tierno grupo que se deja á la interpretación de los actores.)

JUAN. Te buscaba y no te hallé:
¡y estabas aquí!

LEONOR. ¡Dios mío!

¡Un momento de extravío
nos ha dado luz...

JUAN. (Señalando á Gerardo.) Su fe.

GERARDO. Esa luz es la del cielo.
¡Gracias, Dios mío! ¡Si el pecado
contra el alma ha batallado
tus luces son de consuelo!

JUAN. ¿Y qué consuelo mejor
que aspirar el alma mía
la dulcísima alegría
de tan sublime favor?

GERARDO. ¡Ay! ¡Padres, cuánto he llorado!

JUAN. ¡Por mi culpa!!!

LEONOR. ¡Hijo querido!!!

JUAN. Lo indecible hemos sufrido
por haberte abandonado.

TELÓN



ACTO CUARTO

Igual decoración que en el primero.

ESCENA PRIMERA

D. FEDERICO

¡La vida es continuo azar!
Yo soy la causa, pardiez,
por mi orgullo y altivez
de verme en tanto penar.
A Gerardo atropellé;
á mi Elisa, escarnecí,
porque su amor impedí,
y, en resumen... ¡para qué!
Para perderme. No vió
entonces mi loca mente
de los vicios la corriente
que á los hombres pervirtió.
El Conde del Palomar,
en su pecado murió:
por cierto que me dejó
desgracias que lamentar.
Con tres años de prisión
encausado.. y sin delito,

ha sufrido lo infinito
este pobre corazón. (Golpeándose.)
Gracias á Dios que me veo
absuelto, pero me asalta
idea tenaz. ¡Ay! me falta
reputación y recreo.
Y no lo siento por mí,
porque la tumba me espera:
hasta el alma se lacera
pensando en lo que perdí.
¡Por tí siento la pobreza,
hija de mi corazón;
y te quité la razón
cometiendo una torpeza!
La torpeza de creer
que unida al Conde, dichosa
te viera, y, siempre orgullosa,
enaltecida á mi ver.
Y el infortunio anhelé,
sin saberlo, con afán:
tras uno y otro desmán
vendrá lo que no esperé.
¡Ah! Sí... vendrá... ¡la indigencia!
¿A qué aspiro? ¿Qué pretendo?
Sí... yo voy desfalleciendo
en tan triste penitencia. (Entra Elisa.)

ESCENA II

DICHO Y ELISA

ELISA. Estará usted ya contento,
padre mío, la libertad...

FEDERICO. Hija querida, es verdad:

pero existe un gran tormento.
¡Se perdió nuestra riqueza!
(Aparte.) ¡Ah, Conde del Palomar,
que nos viniste á dejar
sumidos en la pobreza!

ELISA. ¡Pues cómo! padre, ¿no queda
la quinta, alhajas y en fin
la dehesa de Ceclaquín
con labores y arboleda?
¿No quedan, padre, además
los ganados que vender,
y con su importe atender
á los débitos quizás?

FEDERICO. Elisa, nada; tal vez
seremos desventurados;
¡porque están hipotecados,
y si recurren al Juez...!

ELISA. ¡Todos los bienes!

FEDERICO. Sí, Elisa;
¡y quizás en este día
cometan la villanía
de embargarlos!

ELISA. ¡Tan aprisa
lo han de hacer!

FEDERICO. ¡Que si lo harán!
Conozco bien á esa gente.
Se entrañan pausadamente
con garras de vil afán.
Y el infeliz, como yo,
que en su red llega á caer...

ELISA. ¡Dios nos quiera proteger!

FEDERICO. Le pierden. ¿Y cómo no?

Me llevan ciento por ciento.

ELISA. ¡Jesús, y qué atrocidad!

FEDERICO. Pues todo es la realidad
por desgracia lo que cuento.
Ya ves, Elisa, empecé
tomándolo al veinte y treinta,
liquidé al año la cuenta
y en ella aumentado fué
el rédito; y en tres años
que van á finalizar,
me suman ¡ay!

ELISA. ¡Sí, la mar...!

FEDERICO. ¡Qué terribles desengaños!
(Se cumplió la predicción
de Gerardo al despedirse.)

ELISA. ¡No debe usted de afligirse,
que le han de dar la razón!
¿El débito á cuánto asciende?

FEDERICO. A dos millones de reales.

ELISA. ¿Y nada más?

FEDERICO. Son cabales.

ELISA. Entonces, padre, la casa
y bienes muchos nos quedan,
y puede ser nos concedan
venderlos; que si se tasa
la quinta, casi los vale.

FEDERICO. Y mucho más; el valor
de nuestra hacienda es mayor,
triplicado. Pero .. dale.
¡Oh! cuando sufre un vaivén
cualquier hacienda en la vida,
al verla comprometida,

pequeñísima la ven.
ELISA. Si la hacienda nos faltara,
no falta la caridad.
FEDERICO. Hay mucha perversidad.
ELISA. Pero Dios no desampara.
FEDERICO. Tú tienes buen corazón
y sólo juzgas por tí.
¡Oh! si el mundo es... ¡ay de mí!
engaño y adulación.
Me aflige el alma, hija mía,
por ser causa de tu mal
desde la noche fatal
de errores y villanía.
ELISA. ¡Qué noche, padre!
FEDERICO. Sin fe
á Gerardo despedí,
y luego al punto sentí
que tu desgracia causé:
por el Conde fementido
que en mengua de su blasón
se suicidó; y el baldón
en nosotros le han creído.
Por cuya causa pidió
su padre á los tribunales
que juzgaran las causales
y á la cárcel nos llevó.
Y gracias á la fortuna
que estamos en libertad.
ELISA. Padre, por Dios, desechad
memoria tan importuna.
Tres años cumplen mañana
que el buen Gerardo se fué;

al espirar volveré,
me dijo en esa ventana. (Señalándola.)
Le espero, padre, le espero,
esperándole he vivido;
su espera me ha sonreído
porque es amor verdadero.

FEDERICO. ¿Con que le esperas? ¡Ah! Creo
que no vendrá.

ELISA. ¿Por qué no?

FEDERICO. Porque de tí se olvidó
al no escribir, lo preveo. (Entra Aurelia.)

ESCENA III

DICHOS Y AURELIA

AURELIA. Don Federico: á la puerta
está llamando el Juzgado.

ELISA. ¡Válgame Dios!

FEDERICO. Excusado
es el afán. Pues abierta
debiera estar.

AURELIA. Sí, señor.
Pero la tengo cerrada
porque hay gente desalmada
que penetra con furor:
y para evitarlo.....

FEDERICO. ¡Ah! Sí;
que pasen; aquí me tienen. (Váse Aurelia.)

ESCENA IV

ELISA Y D. FEDERICO

FEDERICO. ¡Elisa!
ELISA. ¡Padre...!
FEDERICO. Ya vienen
prevenidos. ¡Ay de mí!
¡Lo embargan todo! ¿Lo ves?
ELISA. Lo quita Dios y lo da.
FEDERICO. No es Dios. ¡El mundo!
ELISA. Quizá
de la fortuna un revés.
A usted, padre, tengo oído
mil veces, que la paciencia
es el don de complacencia
ante Dios.
FEDERICO. Y no he mentido.
ELISA. Ahora, pues, tiene ocasión
usted, padre, de probar
la cruz digna del altar
con santa resignación.
Y no crea, no, que á su Elisa,
en el trance en que se ve,
ha de faltarle esa fe
que el infortunio precisa.
Trabajaré honradamente,
para ganar el sustento;
mientras en mí exista aliento.
FEDERICO. ¡Hija del alma! mi mente
se exalta al considerar
que en medio de la desdicha

me ilumines con la dicha
en tan insufrible azar.

(Váse Elisa por una de las puertas del fondo y entra el Juzgado por la principal.)

ESCENA V

D. FEDERICO, JUEZ, ESCRIBANO, PROCURADOR, *y en el dintel de la puerta dos alguaciles que no hablan.*

FEDERICO. Adelante, señor Juez,
con su digna compañía.
JUEZ. En verdad que el alma mía
siente venir esta vez.
Don Federico, en la vida
suceden casos fatales;
mas tienen los tribunales
que obrar con justa medida.
FEDERICO. Deberes son de la ley.
JUEZ. Que venimos á cumplir.
FEDERICO. Usía me permite oir...
JUEZ. Es justo y lo manda el Rey.
Exponer le es permitido
lo que al derecho convenga.
FEDERICO. Que indulgencia de mí tenga...
PROC. El Juzgado no ha venido
á conceder moratoria.
FEDERICO. Pudiera, al fin, suceder,
á mi manera de ver,
no lo extrañen que haga historia:
que si un plazo se me da
estricto, pondré á la venta
mis bienes; y...
JUEZ. Eso no es cuenta

de nosotros.

FEDERICO. Bien está.
Tomad, señores, asiento.

ESCRIB. (A D. Federico.) Pues lo que falta nos hace,
si usted, señor, nos complace,
los títulos de...

FEDERICO. Al momento.

(En este instante se presenta don Juan de Araimbar por la puerta principal.)

ESCENA VI

DICHOS Y D. JUAN

JUAN. Señores... puesto que entré
á ver á don Federico,
dispénsenme... no me explico...
¿Qué desean ustedes?

PROC. ¿Qué?

JUEZ. ¿Y usted qué quiere?

JUAN. Pagar
en billetes ó en moneda.

PROC. Es mucho y quizás no pueda.

JUAN. Es poco para Araimbar.

PROC. Parece mucha arrogancia
y vea que son dos millones.

JUAN. Los tiene, pues, en doblones
y vea que no es petulancia.

PROC. Como no tengo el honor
de conocerle...

JUAN. Está bien;
mas ruego á ustedes me den
carta de pago.

PROC. Señor,

el dinero...

JUAN. Aquí lo tiene.

(Mostrándole una cartera en actitud de entregársela.)

Despache usted á su gusto.

PROC. Yo cobraré lo que es justo.

JUEZ. Señor de Araimbar, se viene
con nosotros y en mi casa
reuniré á los acreedores...

JUAN. Con mucho gusto, señores.
Vamos, pues.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Qué me pasa!
¿Quién es usted, buen señor,
que por mi bien se interesa?

JUAN. Un hombre que no le pesa
de hacer, si puede, un favor.

FEDERICO. ¡Cómo pagarle podré
su remedio á mi indigencia!

JUAN. Usando la consecuencia.
Adiós, que ya volveré.

(Se retiran y D. Federico queda absorto por un momento.)

ESCENA VII

D. FEDERICO

¡Qué es esto! ¡Cielos! ¿Un hombre
venirme así á proteger...?
¡Sueña ó delira mi mente!
¿Será un engaño tal vez?
Venir en medio del mal,
atravesar el dintel
de mi casa, sin permiso,
¡y tanto desinterés...!
Se llama... dijo, Araimbar,

y un ángel debe de ser
que viene á darme consuelo...
pero pronto lo sabré.
No debo, no, de esperar
su vuelta, que quizás él
también me espere en la casa
donde vive el señor Juez.
Allá me voy.

(Se dispone á salir, á cuyo tiempo se presenta Elisa con un papel en la mano.)

ESCENA VIII

DICHO Y ELISA

ELISA. Padre mío:
he recibido un papel
de mi querido Gerardo.
FEDERICO. ¿Y qué te dice?
ELISA. Que...
FEDERICO. Lee.
ELISA. (Leyendo.) Elisa del alma mía:
perpetuo amor te juré
y ansiadamente esperé
tres años que á cumplir van.
El hálito de mi ser
suspira sólo por tí,
y el fuego voraz en mí
es un intenso volcán.
Volcán de amor tan fecundo
que ilumina el pensamiento
y me llena de contento,
lo sublime, lo ideal.
Cuya idea de luz creadora

eres tú, bien de mi vida;
respira que no se olvida
el amor que es inmortal.
¿Y cómo así no ha de ser
si los afectos se unieron
y al momento se entendieron
nuestras almas con afán?
Mitiga, pues, tu dolor:
sírvate de lenitivo
el placer con que te escribo
las palabras que aquí van.
No te digo nada, no,
de lo pasado: la historia
de mi vida, es la victoria
incólume en el azar.
Adiós, Elisa querida,
luz del ser de mi existencia,
que pronto va, en consecuencia,
tu Gerardo de Araimbar.

FEDERICO. De Gerardo el apellido
¿no era Balmes?

ELISA. ¡Ya se ve!
Supuesto, padre, sin duda,
quizá le usó entonces él
por miras que no sabemos
descifrarlas, á mi ver.

FEDERICO. Tienes razón. ¡Dios potente!
¡luz derrama ese papel!

ELISA. ¿El Juzgado embargaría
todos los bienes?

FEDERICO. Se fué
por presentarse un sujeto

llamado Araimbar.

ELISA. ¡Él es!

FEDERICO. No, Elisa, no; sesenta años
representa.

ELISA. Puede ser...

FEDERICO. Algún pariente.

ELISA. Sin duda...

FEDERICO. Me admira su esplendidez.
Al empezar el Juzgado
su misión á proceder,
llegó y dijo: ¿Qué desean?
¿Y usted qué quiere? Á su vez
le respondieron; y entonces
repuso: yo pagaré.
Por manera que se fueron
á casa del señor Juez,
para poder cancelar
las escrituras. Ya ves
cual viene la Providencia
sacrosanta, por tu fe,
en medio del infortunio
á dejarnos un edén.

ELISA. ¡Ay! padre, sí, todo viene
con pasmosa rapidez.

FEDERICO. Elisa, me voy: al punto
lo quiero todo saber.

ELISA. ¡Ah! sí; que el cielo le inspire...

FEDERICO. Adiós, hija. (La besa en la frente al salir.)

ELISA. Hasta después.

ESCENA IX

ELISA

¡Oh, qué enigma! ¡Dios eterno!
descifrarle no sabré:
la dicha unida á la paz
llega á su colmo esta vez.
¿Por qué, Gerardo, no dice
el cambio de tanto bien?
Se concibe... pero... en vano:
la duda me hace temer.
No dice hoy, ni mañana,
sino pronto llegaré:
y se dejó en el tintero
hasta la fecha. ¡Oh! y bien.
¿Cómo si está aquí no viene
á rendirse ante mis pies?
¡Imposible! No está aquí,
lejos, muy lejos, tal vez.
¡Ah! En el sobre de la carta
muy claro se puede leer
el punto donde reside. (Le mira.)
¡Por Dios, si nada se ve!
Borrado está por completo
el sello. ¿Qué puedo hacer?
Encuentra sólo un misterio
mi perdida sensatez.
¡Ah! no, no; mil veces no.
¿Dudar yo de tí, mi bien?
Tu acrisolada virtud
corrobora este papel.

ESCENA X

ELISA Y AURELIA

AURELIA. Elisa, Gerardo viene.
ELISA. ¿A dónde está? dime ¿á dónde?
Dilo pronto. (¡No responde!)
¿Estás lela?
AURELIA. (No conviene
que tan pronto le dé aviso.)
¡Jesús! que me da... un mareo.
ELISA. ¿Estás mala?
AURELIA. Ya lo creo.
¡Con lance tan de improviso!
ELISA. ¿Pero qué te pasa?
AURELIA. Que...
que no lo puedo decir.
ELISA. (Riendo.) A la cama puedes ir
y al médico llamaré.
AURELIA. Joven, discreto y galán...
cual ninguno: ¡y qué arrogante!
honrado, fiel y constante...
ELISA. (Riendo.) Siempre con tanto refrán.
(Con gravedad.) Por Dios, no me desesperes:
dime al punto dónde está.
AURELIA. Pues muy pronto se verá
gozando de los placeres.
ELISA. ¡Placeres! Aurelia, vaya,
¿te piensas burlar de mí?
AURELIA. ¡Jesús! ¡burlarme yo así!
ELISA. Soy tu señora.
AURELIA. Y yo el aya.

Un momento de expansión
se le permite á cualquiera.

ELISA. Ya sabes que me lacera
tu inventiva el corazón.
Entérame.

AURELIA. Con franqueza:
pero quisiera aducir...

ELISA. ¡Lo acabarás de decir!

AURELIA. Fué tan grata ligereza
la de un hombre que llegó
aquí con un gran tesoro...

ELISA. Pero por San Isidoro...

AURELIA. Que las deudas las pagó
con mucho desinterés:
y sobre todo me admira
de que Gerardo le inspira
para pagar: ya lo ves.

ELISA. ¿Con que está, por lo que infiero,
en este pueblo?

AURELIA. Está claro.
Ha sido cual es un faro
á nave sin derrotero.
Es un hombre generoso
con quien Gerardo acompaña,
debe ser grande de España;
nada tiene de orgulloso.
A Gerardo, en el instante
de llegar, le dijo: espera,
que hablar solo yo quisiera
con el Juzgado.

ELISA. Adelante.

AURELIA. Salió el Juzgado, y con él

también Gerardo salió;
y el encargo que me dió
era la carta...

ELISA. Cruel,
¡ni una palabra decirme
estando aquí!

AURELIA. Por supuesto.
Que no sepa nada de esto;
cuidado con descubrirme;
la carta tiene franqueo,
y las sospechas demás,
por cuya causa dirás
que viene por el correo.
Esto dijo... (Entra Gerardo.)

ESCENA XI

LAS MISMAS Y GERARDO

GERARDO. Allá va,
hermosa y fiel criatura,
en busca de la ventura
que anhelé.

AURELIA. ¡Qué bien está!

(Se retira á una de las habitaciones del fondo y observa parte de la presente escena.)

ELISA. ¡Gerardo!

GERARDO. ¡Elisa querida!
otros tiempos el edén
del amor era también
la antorcha de nuestra vida.

ELISA. Espesa nube la calma

de nuestros seres robó.

GERARDO. Y de estímulo sirvió
al placer que siente el alma.

ELISA. ¡Oh! no sabes de aquel día
lo intenso de mi dolor
con aquel grande rigor,
que á mi destino seguía,
en presencia de aquel hombre
que de rémora sirvió;
y luego se suicidó...

GERARDO. ¡El Conde!

ELISA. Sí; no te asombre

GERARDO. Lo sé todo, vida mía;
evita esa narración,
que sufre mi corazón
oyendo tal felonía.

ELISA. Gerardo, entonces... ¿tú quieres
que hablemos...?

GERARDO. De nuestro amor.
¿No es cierto y será mejor
que tratemos de placeres?
¿De esos placeres que el cielo
nos dispensa en este día,
y que son, hermosa mía,
recompensa del anhelo?

ELISA. ¡Ah! sí, Gerardo del alma!
en tí fundé mi ventura
y tu amor es mi dulzura.

GERARDO. ¡Que Dios nos conceda calma!
Elisa, ya nuestro amor
tu padre no impedirá,
puesto que el mío pagará

sus deudas.

ELISA. ¡Cuánto favor!
¿Tus padres dices?

GERARDO. Sí; mira,
los encontré por azar
y vamos á disfrutar
del aura que se respira
en jardines, cual señores
en inmenso poderío;
y á las márgenes de un río
que canten los ruiseñores.

ELISA. En nuestras almas impera
consuelo y felicidad.
¿Luego tu padre es verdad...?

GERARDO. Que el hallarme su afán era.

ELISA. ¿Pues no me dijiste un día
que el infeliz se murió?

GERARDO. Y en verdad que no mintió
mi lengua, no, vida mía.
Aquel era un hombre anciano
que mi existencia velaba,
mientras mi padre lloraba.

ELISA. ¡Qué dices? ¡Dios soberano!

GERARDO. Te voy á satisfacer.
Aquellos que me engendraron
sabrás que me abandonaron
al momento de nacer.
Mas vino la caridad
y un hombre me recogió
y su apellido me dió
en prueba de la verdad.
Ausente de tí he servido

á mis padres, sin saber
que eran causa de mi ser.
Y Dios, al verme afligido,
en situación tan precisa,
les dió la prueba evidente
de que su fiel dependiente...

ELISA. Eras tú el hijo...

GERARDO. Yo, Elisa.
Y al hacerles relación
de mis pesares, por tí
nos trasladamos aquí.

ELISA. ¡Dueño de mi corazón!

GERARDO. De tu virtud la pureza
amenizó mi dolor
y recordaba tu amor
en momentos de flaqueza.
La penitencia cumplí
con la antorcha de la fe.

ELISA. Ni un momento te olvidé.

(Entran por la puerta principal D. Federico y D. Juan.)

ESCENA ÚLTIMA

ELISA, GERARDO, D. JUAN Y D. FEDERICO

FEDERICO. (Al entrar á D. Juan.)
Por cierto que se halla aquí.
(A Gerardo.) En verdad que fuí cruel
contigo, sin la pericia
de la divina justicia.

JUAN. Anduvo en todo Luzbel.

FEDERICO. Por la frágil vanidad:

y... ¡necio de mí! la senda
torcida de su contienda
seguí por fatalidad.
¡Ay! Gerardo, tú eres bueno;
y Dios sin duda te oyó.
El Conde se suicidó;
y yo, tal vez, un veneno
diera fin á mi existencia.

GERARDO. Eso jamás.

ELISA. ¡¡¡Padre mío!!!
¡¡¡Jesús!!!

FEDERICO. Es un desvarío.
Nos salvó la Providencia.

JUAN. La ventura de mi ser
con vuestro amor habéis hecho:
rebosa el gozo en mi pecho
con el más grato placer.
Acaben las digresiones,
pues, juzgo que nuestra vida
se hallaba comprometida
por todas nuestras pasiones.
Huid, huid del error;
mirad que os será funesto:
no abandonéis ese puesto
de la dulzura y candor.
Hoy mismo los esponsales
firmaréis.

ELISA. / GERARDO. ¡Gracias á Dios!

JUAN. Dádselas, hijos, los dos,
por triunfar de tantos males.

GERARDO. Ahora se ve la razón

destruyendo el egoísmo.

JUAN. Y se confunde asimismo
la maldad ante el perdón.

(Por una de las puertas del fondo aparecen Aurelia y doña Leonor acompañadas de otras dos señoras; y al entrar en el escenario la última, cae el telón rápidamente.)

FIN DEL DRAMA

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias al precio de **2** pesetas ejemplar.